

Usme

LOS
RASTROS DE LA GUERRA



UNIDAD
DE INVESTIGACIÓN
PERIODÍSTICA

Una marca 



POLITÉCNICO
GRANCOLOMBIANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA



Mayorga Alejo, Carlos Antonio

Usme: Los rastros de la guerra / Carlos Antonio Mayorga Alejo ; Daniel Felipe Morales Rojas ; Daniela Moscoso González ; Jefferson David Ramírez Castillo ; Julieth Paola Casas Trujillo ; Juliana Castellanos Díaz ; Natalia Lancheros Rodríguez ; director editorial, Eduardo Norman Acevedo. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano; 2020.

96 p. ; il. ; 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

EISBN 978-958- 5142-39-8

Digital ISBN: 978-958-5142-43-5

1. Conflicto armado -- Colombia 2. Violencia armada - investigaciones 3. Masacres -- Colombia 4. Guerrillas urbanas -- Usme 5. Víctimas del conflicto -- Colombia I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. II. Tit.

SCDD 303.686

Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB

Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.



© Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Calle 61 No. 7 – 66 – City Campus

Tel: 7455555, ext. 1171

Bogotá, Colombia

Usme: Los rastros de la guerra

E-ISBN: 978-958-5142-39-8

Digital ISBN: 978-958-5142-43-5

Editor literario:

Castellanos Díaz, Juliana

Autores

Casas Trujillo, Julieth Paola

Castellanos Díaz, Juliana

Lancheros Rodríguez, Natalia

Mayorga Alejo, Carlos Antonio

Morales Rojas, Daniel Felipe

Moscoso González, Daniela

Ramírez Castillo, Jefferson David

Director Editorial

Eduardo Norman-Acevedo

Analista de producción Editorial

Carlos Eduardo Daza-Orozco

Corrección de Estilo

Ana Ximena Oliveros

Diseño y Armada Electrónica

Valentina Martínez Muruaga

¿Cómo citar este libro?

Mayorga Alejo, C. Castellanos Díaz, J., Moscoso González, D., Ramírez, J., Casas, J., Morales, F., & Lancheros, N. (2020). Usme los rastros de la guerra. Bogotá: Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se dé la fuente o procedencia

Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

La Editorial del Politécnico Grancolombiano está certificada con la Norma ISO 9001:2015

Creado en Colombia

2020

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	4
Hacer memoria desde el periodismo	6
Cómo emprender el camino de vuelta, ruta metodológica	12
La entrevista como método de investigación	14
PARTE 1	
Esta guerra no es nueva	18
PARTE2	
De Casa Verde a Bogotá	28
La voz de un experto Eduardo Pizarro Leongómez	34
Usme, la estrategia de las FARC	46
La voz de un exintegrante de las FARC	52
Masacres que no se pueden olvidar	62
Asesinato de César Naranjo y masacre al equipo judicial	63
La voz de una sobreviviente	65
Masacre a 13 policías oscurece el agosto de 1993	72
Enterrar a un hermano	74
La masacre que debilitó al Bloque Antonio Nariño	81
Del Caguán al Plan Patriota	84
Los rastros de la guerra hoy	89
En memoria	90
Referencias	92

Introducción

Durante la década del noventa y los primeros años del 2000, los habitantes de Usme, una localidad ubicada al sur de Bogotá, fueron testigos del trabajo político y de los actos bélicos orquestados por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) tales como estrategias propagandísticas, masacres, asesinatos y secuestros, entre otras acciones que eran consecuencia de la Séptima Conferencia de la organización guerrillera, en la que el grupo armado se había propuesto desplegar nuevos frentes a las zonas urbanas en busca de la toma del poder.

La Unidad de Investigación Periodística de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se propuso reconstruir este capítulo de la historia sobre la presencia estratégica que hizo en ese territorio las FARC entre 1990, tras la toma a Casa Verde, y el año 2003, cuando el gobierno de Álvaro Uribe Vélez dio vida al Plan Patriota, una estrategia militar con la que pretendió acabar con la presencia de insurgentes en la capital.

Para lograr tal objetivo se hizo un trabajo de revisión de publicaciones de prensa de 14 años, y entrevistas a profundidad con víctimas, líderes sociales de la localidad, excombatientes de las FARC, exgobernantes y expertos. Además, se revisaron los datos de la Fiscalía General de la Nación sobre actos violentos perpetrados por la organización guerrillera en la localidad, en particular los ejecutados por el Bloque Antonio Nariño durante la década de los noventa y los tres primeros años del nuevo siglo.

En Usme, durante los años en observación, la prensa registró asesinatos a civiles y a guerrilleros, quema de buses, emboscadas, combates, secuestros, entre otros hechos violentos propios del conflicto armado. De esta lista de acontecimientos hay tres masacres que son hitos: la masacre a un equipo judicial, el 26 de noviembre de 1991; la masacre a 13 policías el 28 de agosto de 1993; y la masacre de Mondoñedo, con la que la Policía Nacional de Colombia buscó dar un golpe al Frente Antonio Nariño.

Pese a estos significativos números, la Fiscalía solo registra siete procesos por delitos de secuestro, secuestro extorsivo y homicidio, perpetrados por las FARC en Usme durante el período en estudio.

Julián Gallo Cubillos, hoy senador por el partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), quien llegó a ser el jefe del bloque urbano Antonio Nariño, en el proceso de esta investigación reconoció que Usme sí fue un punto estratégico para los planes de búsqueda del poder de la organización guerrillera.

El trabajo periodístico que se presenta en este libro también está disponible en un multimedia que permite acercarse a las voces de los y las protagonistas quienes hoy, parados en esa orilla firme que es el tiempo, pueden no solo reconstruir los hechos sino reflexionar sobre lo vivido; también a los archivos de prensa y, sobre todo, a los lugares en los que quedan cicatrices de los actos de la guerra que ha enfrentado Colombia por más de cincuenta décadas.

Usme los rastros de la guerra fue recibida en agosto de 2020 por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición, como un aporte para la comprensión del conflicto armado en Bogotá.

De esta manera, la investigación, que nació en un medio universitario, pasó de ser una publicación periodística más, de esas que se suman a diario al corozal esfuerzo de muchos medios por contar la verdad del presente y el pasado y se cuelgan cotidianamente en web, a constituir el entramado de fichas con las que se busca consolidar las historias que los años más álgidos del enfrentamiento entre las FARC y el Estado, con la población civil en el medio, no permitieron narrar.

Este trabajo, en sus distintas versiones, lo dedicamos a las más de nueve millones de víctimas que suma el conflicto armado colombiano, porque todas merecen ser escuchadas y, por lo tanto, un lugar en la historia. Por ellas van estas páginas que pretenden, en palabras del filósofo Paul Ricceaur, hacer justicia mediante el recuerdo de otros.



Hacer memoria desde el periodismo



La memoria es pasado, plantea Aristóteles. La frase es definitiva. Sin embargo, la reconstrucción de ella se convierte en punta angular de discusiones teóricas. Desde una postura fenomenológica el recuerdo es un objeto, y su búsqueda y hallazgo se denomina recuerdo.

A la luz del enfoque cognitivo, explica Paul Ricceaur (2004) en su magistral obra *La memoria, la historia, el olvido*, que la memoria es la representación de un acontecimiento ausente. Pero la memoria va más allá de la rememoración. Sobre esto plantea el autor que la memoria reducida simplemente al recuerdo opera con influencias de la imaginación, esto es lo irreal. No obstante, indica que la memoria constituye la manera temporal de la cosa recordada, y en ese camino se enfrenta al reto de ser fiel al pasado, lo que implica un proceso metodológico y social para quienes están en la tarea de recuperarla.

Para tal fin el autor en cuestión indica que el testimonio constituye la estructura fundamental de la transición entre la memoria y la historia. “Uno se acuerda de algo, la memoria es el objetivo, el recuerdo la cosa pretendida” (Ricceaur, 2004). Metodológicamente está la posibilidad de distinguir el qué, el cómo y el quién. Por lo tanto, acordarse no es solo recibir una imagen del pasado, es también buscarla, confirmarla. En este sentido Ricceaur es contundente en señalar que la me-

moria es ejercida; en consecuencia, implica trazar un camino metodológico, más aún si el fin es hacer Historia.

El encuentro del acontecimiento ausente designa la cara cognitiva de la rememoración. El trabajo que hay en su búsqueda constituye lo práctico. De esta forma, señala el autor, lo cognitivo y lo pragmático se superponen en el ejercicio de rememoración, y de este doble proceso se produce la idea de **hacer memoria**. Respecto a esto Ricceaur es contundente: “Lo que debe existir es el deseo de fidelidad que se vincula a la intencionalidad de la memoria en cuanto guardián de la profundidad del tiempo”(2004).

Ahora bien, el propósito que dio origen a este trabajo periodístico es hacer memoria colectiva sobre episodios vinculados al conflicto armado colombiano, es decir, evocar hechos pasados que afectaron a un grupo específico, y cuyas repercusiones son de orden nacional.

“Lo que llamamos memoria histórica en el contexto de las sociedades que superan experiencias traumáticas de violencia, es por definición una construcción social, una elaboración que parte de lo que recuerdan los individuos, así como de documentos, y aspira a ser reconocida de forma colectiva” (Pabón Ayala & Ugarriza, 2017, pág. 3).

De modo que la memoria colectiva implica un tejido de subjetividades, de rememoraciones de distintos ordenes que en conjunto dan luces de un pasado que, cuando aconteció, fue complejo registrar, como el caso del que este libro trata, que implica a una comunidad cuyo territorio se convirtió, en la década de los noventa, en bastión de las FARC, desde donde pretendían cercar la capital de Colombia; y entonces hablar daba miedo: estaba en riesgo la vida.

Por lo tanto, es fundamental hacer memoria de ello, y reconstruir con pobladores, víctimas, exgobernantes e integrantes del grupo armado – firman-tes hoy de un Acuerdo de Paz- la memoria de lo que allí ocurrió. Esta suma de recuerdos es requisito indispensable para evitar caer en lo que Ricceaur denomina abuso de memoria. Respecto a este fenómeno el autor plantea tres planos: en el plano patológico, los relacionados con los trastornos de memo-

ria; en el plano práctico la memoria manipulada; y en el plano ético-político, el abuso de memoria. “Estos tres planos resaltan la vulnerabilidad de la memoria. El carácter enormemente problemático de esta relación representativa con el pasado” (Ricœur, 2004). Lo que intenta esta investigación es justamente evitar caer en los dos últimos planos, razón por la cual es necesario acudir a todos los protagonistas del pasado.

Por otro lado, debe ser claro que el fin de la construcción de memoria colectiva no es el establecimiento de una memoria unificada. “En ocasiones las memorias compartidas por grupos de personas son contradictorias entre sí. Aun logrando crear memorias colectivas de grupos sociales, pretender que esas memorias se negocien para lograr un consenso global es absurdo (Pabón Ayala & Ugarriza, 2017, pág. 4).

La memoria, en consecuencia, se trata de relatos, de las representaciones que tienen las personas de lo que han vivido. Es decir, de la construcción simbólica de acontecimientos que ya no son. Esto implica que, necesariamente, están impregnados de imágenes subjetivas. Por ello, los historiadores, para quienes la memoria es fundamental, recomiendan que la memoria se reconstruya con un lapso importante, para que los intereses, los miedos, la injerencia de los poderosos involucrados en el acontecimiento no interfieran en el relato.

“A la larga, se trata de crear insumos para escribir la historia. Cualquier memoria histórica, entendida como un ejercicio de historia sobre la memoria, podría escribirse con más serenidad en la medida en que quienes la construyen puedan tomar distancia” (Pabón Ayala & Ugarriza, 2017, pág. 5).

En la labor de hacer memoria el periodismo tiene un rol sustancial, particularmente en sociedades que han vivido conflictos armados. Sobre esto la periodista y docente Olga Behar expone en el libro *Pistas para narrar la memoria* que:

“El periodismo tiene una oportunidad inédita de cumplir con su función social: la de informar, contextualizar y argumentar sobre hechos que pudieron haber sido noticia en algún tiempo, y que tuvieron un tratamiento sesgado, superficial y descontextualizado del momento histórico y político de

cuando ocurrieron. Pero también, y especialmente, sobre aquellos que sucedieron y fueron ignorados deliberada o accidentalmente por periodistas, medios y actores de tales hechos” (2016, pág. 54).

El momento que atraviesa el país, marcado por la búsqueda del cumplimiento del Acuerdo de Paz pactado entre las FARC y el Gobierno de Juan Manuel Santos, es propicio para hacer periodismo que narre la memoria. Esto va más allá de una búsqueda de relatos de acontecimientos pasados, requiere, por el contrario, un profundo compromiso con la dignificación de quienes fueron víctimas y un compromiso, complejo en si mismo, con la verdad.

Las violaciones a los derechos humanos del presente pueden tener explicaciones en el pasado, y ahí el periodismo que se hace para narra la memoria se vincula con la labor que tienen los periodistas de defender los derechos en el presente. Por lo tanto, como dice la periodista chilena Mónica González, citada por Ginna Morelo, respecto al periodismo de memoria: “No es un mero viaje al pasado, sino a la raíz de los problemas que hoy nos acechan, y que si no entendemos cómo se originaron, no podemos explicar sus efectos en el tiempo y sus consecuencias hoy” (2016, pág. 99).

Se espera que, como consecuencia del ejercicio de hacer memoria, se produzcan otros que dignifiquen a las víctimas. Sobre esto la periodista argentina Maria Eugenia Ludueña cita a la socióloga Pilar Calverio, quien ha dicho que: “la memoria es un acto individual y social, móvil, proliferante, político, es una presencia que se activa en relación con el presente, solo en el ahora es resistente. Desde esa perspectiva la memoria es resistente, disparadora de la política y el derecho” (Ludueñas, 2016, pág. 68).

Hay un vínculo entre el ejercicio de la memoria y la defensa de los derechos. Por lo tanto, narrar la memoria desde el periodismo se convierte en una función sustancial, particularmente en países con historias cargadas de violaciones sistemáticas de derechos humanos como ocurre en Colombia.



Cómo emprender el camino de vuelta, ruta metodológica



Este libro es resultado de una investigación periodística de memoria. Por lo tanto, el proceso de recolección de la información se basó en metodologías cualitativas, en tanto la memoria “va más allá de la reconstrucción de los hechos como datos, o de la recopilación de testimonios que verifiquen una cierta versión, puesto que se ocupa de los significados” (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2009).

De modo que para encontrar los significados de hechos que acontecieron hace 30 años, se partió de la propuesta metodológica del Centro Nacional de Memoria Histórica, expuesta en el documento Recordar y Narrar el Conflicto (2009) en el que se presentan distintas herramientas posibles para el trabajo de hacer memoria con víctimas, actores armados y exgobernantes.

El método parte de tomar casos emblemáticos a través de los cuales se pueda explicar la complejidad de la historia, y se sugiere que sean los investigadores quienes seleccionen los casos.

Para tal efecto, el equipo de periodistas hizo una revisión de prensa de 14 años del periódico El Tiempo. Se examinaron aproximadamente 5 mil publicaciones. Además, se revisaron los diarios El Espectador y el periódico El Espacio, en aras de profundizar en hechos específicos. El objetivo era identificar acontecimientos que evidenciaran el impacto del conflicto armado en la localidad de Usme, y el lugar que este territorio ocupó en los planes de las FARC.

Vale la pena señalar que la revisión de prensa se hizo a través de periódicos en versión impresa, debido a que a la fecha los periódicos nacionales no tienen todas sus ediciones de finales del siglo pasado digitalizadas.

Ese ejercicio llevó a la selección de los siguientes casos emblemáticos:

- Toma a Casa Verde.
- Asesinato del líder César Naranjo y posterior masacre al equipo judicial técnico.
- Asesinato de 13 policías por un bloque de las FARC mientras escoltaban a Mauricio Cárdenas, entonces gerente de la Empresa de Energía de Bogotá.
- Masacre de Mondoñedo.
- Diálogos de Paz del Caguán.
- Operación Libertad.

La recolección de esos archivos permitió tener el panorama histórico de una localidad como Usme, y del impacto de la búsqueda de las FARC por dominar ese territorio, que no solo era la entrada a Bogotá, sino la conexión con los departamentos del sur del país.

La entrevista como método de investigación

Tras la reconstrucción de los hechos, se consolidó una lista de fuentes que incluía a quienes fueron parte de las FARC en la década de los noventa, a las víctimas, a los gobernantes locales y nacionales de la época, y a las personas que vivieron aquellos años álgidos del conflicto armado en Usme, y que al momento del trabajo de reportería continuaban viviendo en la localidad.

La entrevista es la conversación interpersonal entre una persona que conoce un hecho porque es o fue parte de él, o porque lo observa, y otro que es el periodista (investigador) y que intenta recabar los datos necesarios para conocer ese hecho a cabalidad.

Para cumplir con el objetivo de la investigación Usme los Rastros de la Guerra se hicieron entrevistas a profundidad. Estas consisten en una o varias conversaciones largas, cara a cara, en las que el entrevistado y el entrevistador pueden interactuar mejor en la medida en que ambos ganan confianza.

Sobre este tipo de entrevistas Gloria Castrillón, directora de Colombia 2020, relata en el libro *Pistas para narrar la memoria* que: “No es una entrevista cualquiera. Usted está elaborando un trabajo periodístico que pretende contribuir a la construcción de memoria, a la no revictimización y a la dignificación de las víctimas” (Castrillón, 2016, pág. 80).

Así mismo, Castrillón expone que hablar con quienes son considerados victimarios “puede ayudar a esclarecer la verdad, a entender la dinámica de los grupos armados, a explicar su accionar, a determinar por qué cometieron los crímenes, qué intereses había detrás de su accionar” (2016, pág. 85). Sin embargo, es directa al plantear que lo que no podría ser válido es entrevistar a los perpetradores y no a las víctimas, y entonces recuerda la frase de la periodista argentina Leila Guerriero: “Sin la voz de las víctimas el retrato del malo es una aberración” (Castrillón, 2016, pág. 86).

En efecto, este trabajo buscó el equilibrio de fuentes, y la mirada desde diversos actores como se señaló párrafos atrás; pero siempre con la convicción de que el resultado final debía dignificar a las víctimas.

Siguiendo estos lineamientos se entrevistaron fuentes de tipo testimonial, oficial y experta, además de la revisión de documentos como los periódicos mencionados. Las siguientes personas e instituciones no respondieron al llamado: Ejército Nacional de Colombia, Mauricio Cárdenas, Antanas Mockus, Juan Carlos Flórez, general (r) Reinaldo Castellanos. Ver la siguiente tabla:

Tipo de fuente	Descripción
Oficial	<p>Entrevistado: Carlos Antonio Lozada Cargo: Exmiembro de las FARC y actual senador por el partido Farc. Fecha: 4 septiembre 2019</p>
	<p>Entrevistado: Jorge Eliecer Peña Pinilla Cargo: Exalcalde local de Usme (2016-2020) Fecha: 8 octubre 2019</p>
Experta	<p>Entrevistado: Eduardo Pizarro Leongómez Cargo: Sociólogo y profesor Universidad Nacional Fecha: 7 octubre 2019</p>
Testimonial	<p>Entrevistado: Camilo Gutiérrez (La fuente pidió anonimato) Cargo: Exmiembro socio-político de las FARC, actual líder social en Usme Fecha: 31 de agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Carlos Ojeda Cargo: Familiar víctima Masacre Comisión Judicial, actual director de la Corporación Fasol Fecha: 5 septiembre 2019</p>
	<p>Entrevistado: Carlos Salazar Cargo: Exalcalde Local de Usme 1990 a 1992 y 2000 a 2003 Fecha: 10 de agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Cristina Gutiérrez Cargo: Familiar víctima Masacre Comisión Judicial Fecha: 26 de agosto 2019</p>

	<p>Entrevistado: Dagoberto Bohórquez Cargo: Habitante de Usme Fecha: 8 octubre 2019</p>
	<p>Entrevistado: Jaime Beltrán Cargo: Líder Social de Usme Fecha: 24 agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Joaquín Gutiérrez Cargo: Habitante de Usme Fecha: 24 agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: John Páez Cargo: Habitante de Usme Fecha: 24 agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Miriam Díaz (La fuente pidió anonimato) Cargo: Exmiembro socio-político de las FARC, actual líder social en Usme Fecha: 31 de agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Nora Navarrete Cargo: Víctima Masacre Comisión Judicial Fecha: 28 agosto 2019</p>
	<p>Entrevistado: Víctor Páez Cargo: Familiar víctima Masacre a policías Fecha: 5 de noviembre 2019</p>



PARTE 1

Esta guerra no es nueva



Desde la década de los ochenta el conflicto armado colombiano se complejizó en las zonas rurales del país. No obstante, las áreas urbanas también fueron foco de la violencia propia del conflicto, particularmente desde finales del periodo expuesto. Grupos guerrilleros, ejércitos de paramilitares y grupos amados legales fueron protagonistas de una guerra que deja, a la fecha, más de 9 millones de víctimas, según el registro de la Unidad Nacional de Víctimas.

De acuerdo con un informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, publicado en 2013, una de cada tres muertes violentas en el país la produce la guerra. El mismo documento indica que el 81% de estos muertos eran civiles. Tras esas cifras está la historia de un país que lleva más de medio siglo tratando de sobrevivir a uno de los conflictos armados más complejos de América Latina.

Se presenta a continuación un recorrido por algunos de los hechos más relevantes que han marcado esa historia en los últimos 40 años.

En mayo de 1982, en la región del Guayabero, en el departamento del Meta, se llevó a cabo la Séptima Conferencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). “Fue el momento del salto para las Farc. De ser una guerrilla casi clandestina, sin mayor impacto en el acontecer nacional, comenzó a mojar titulares de prensa”, relata el portal Verdad Abierta en un artículo titulado Las conferencias de la expansión, publicado en 2012.

Una vez finalizada la Séptima Conferencia, el grupo armado cambió su forma de operar: creó más frentes armados, mejoró su estructura económica, ejecutó un plan militar inmediato y articuló las estrategias políticas y financieras, permitiendo el robustecimiento del aparato armado subversivo. “Cambiaron su nombre oficial al de FARC-EP. En esa misma reunión, aprobaron un ambicioso Plan Estratégico que bautizaron con el nombre de Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia” (Verdad Abierta, 2012). De este modo, las FARC crearon y aplicaron una estrategia militar en la que establecieron como eje central la Cordillera Oriental.

Un año después de la Séptima Conferencia, el gobierno del presidente Belisario Betancur y las FARC establecieron contacto en búsqueda de una tregua, amparados en la ley de amnistía promulgada en noviembre de 1982 por el Congreso de la República. La ley consistía en liberar de las cárceles del país a muchos de los presos políticos, integrantes de las distintas guerrillas, entre ellos las FARC, el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Movimiento 19 de abril (M-19).

En mayo de 1984 se firmó en Uribe, municipio del Meta, un acuerdo de paz y creación de una comisión de verificación, y en virtud de las negociaciones de paz se dio inicio al cese de hostilidades por parte de las FARC. Así mismo, el 24 de agosto del mismo año, el Gobierno logró acuerdos de tregua con los grupos guerrilleros del EPL y del M-19.

Entre las consecuencias más notorias de este acuerdo, en el que vale la pena indicar que no todos los frentes de las FARC participaron, está la creación de la Unión Patriótica (UP), partido que sufriría de uno de los grandes exterminios que se produjeron en Colombia por parte de fuerzas de extrema derecha. Según Roberto Romero Ospina, entre los años 1985 y 2000 fueron asesinados y desaparecidos 1.598 integrantes de la UP (2012, págs. 25-27).

Solo ese exterminio basta para señalar que los años que siguieron estuvieron marcados por la guerra: muertes, atentados, secuestros, masacres y miedo. Uno de los momentos más emblemáticos del conflicto armado se tejió cruelmente entre el 6 y 7 de noviembre de 1985, cuando se produjo la toma del Palacio de Justicia por parte del M19.

El comando “Iván Marino Ospina” tomó por asalto el edificio más emblemático de la justicia en el país, ubicado a pocas cuadras de la casa presidencial. El fin era presentar ante el Gobierno una demanda armada y exigir un juicio público al presidente Belisario Betancur (Maya, 2010).

Posteriormente, el ejército retomó, por medio de la fuerza, el Palacio de Justicia buscando controlar el asalto. No obstante, esa retoma acrecentó la violencia. Según informes oficiales y periodísticos en ese hecho murieron alrededor de 100 personas, 12 de ellas magistrados, incluyendo al presidente de la Corte Suprema, Alfonso Reyes Echandía.

Carlos Medellín Becerra describe lo que pasó: “Desde el momento mismo de la toma hasta su trágico desenlace 24 horas después, no cesaron los disparos, las bombas, los tanques, las llamas. Por eso el Presidente de la Corte exigió el cese al fuego inmediato ante lo que ya se presagiaba como un Holocausto. El Presidente Betancur, que no quiso pasarle al teléfono, omitió sus deberes constitucionales y dejó que la barbarie y la muerte se instalaran a sus anchas en el Palacio de Justicia. (...). Los magistrados y demás civiles fueron asesinados. Cayeron entre el fuego cruzado de la Fuerza Pública y la guerrilla. Los guerrilleros también murieron. Y los que salieron con vida, como es el caso de la guerrillera Irma Franco, fueron desaparecidos” (Medellín Becerra, 2015, pág. 56)

Este acontecimiento condujo a que la sociedad se empezara a cuestionar la legitimidad de la guerra y del uso de la fuerza como medio para lograr las transformaciones que necesitaba el país. Uno de esos cambios lo empezó a dar el M-19, cinco años después de la toma del Palacio de Justicia.

El 9 de marzo de 1990, después de 16 años de lucha armada, los militantes de esa guerrilla entregaron las armas como un hecho político y simbólico del fin del conflicto armado. El comandante Carlos Pizarro envolvió su pistola en una bandera de Colombia y la colocó sobre una mesa. “Estaban presentes delegados de gobiernos de distintos países de América Latina y de la Internacional Socialista, tres militares, un general venezolano, uno suizo y un experto en balística. Un jefe militar del M-19 había dado la orden: ¡Por Colombia, por la paz, dejad armas!” (V. Grabe, 2010).

Pero el conflicto no cesó con ese proceso de paz. El Gobierno colombiano -para entonces liderado por César Gaviria- ordenó, el 9 de diciembre de 1990, la Operación Colombia, que tenía como objetivo bombardear la sede del secretariado de las FARC, ubicada en Uribe -Meta-. Según el periódico de El Tiempo del 11 y 12 de diciembre de 1990, el operativo, que movilizó más de 7.000 miembros del ejército, consiguió reducir Casa Verde, el principal campamento de las FARC.

Posterior al ataque, la organización guerrillera respondió con una contraofensiva militar, pero esta vez en las ciudades, en especial Bogotá, la sede del poder político-administrativo del país. De este modo la guerrilla campesina pasó a formar bloques urbanos. Así las FARC estableció en la capital del país el Bloque Antonio Nariño.

Un informe del periódico El Espectador relata que si bien en la Séptima Conferencia, en 1982, las FARC habían decidido entrar a los centros urbanos “la construcción de estructuras clandestinas en ciudades como Bogotá, Cali y Medellín, se definió en la Octava. De acuerdo con el informe de la Fundación Ideas para la Paz, Hoy y ayer del Bloque Oriental de las Farc, los frentes de esta estructura se desplegaron a lo largo de la cordillera oriental, para conectar a Cundinamarca con el Meta, Guaviare y la frontera con Venezuela” (Ávila Cortés & Castrillón , 2020).

Además de la llegada clandestina de grupos guerrilleros a las ciudades, se sumó el fortalecimiento de los grupos paramilitares desde 1985. Combates entre guerrilleros y paramilitares, asesinatos, masacres y el despojo violento de tierras de campesinos se convirtieron en la cotidianidad nacional.

Esto sería el preámbulo de uno de los periodos más complejos del conflicto armado colombiano: la década de los noventa. “1997 fue una época clave para los paramilitares. En este año, Carlos Castaño logra integrar los diferentes grupos que delinquían en el país constituyendo las Autodefensas Unidas de Colombia. Éstas marcarían una de las épocas más sangrientas de la historia del país, en la que se registrarían más de mil masacres, millones de personas desplazadas por la violencia, la alianza de paramilitares y políticos en las regiones y la expansión del poder paramilitar en todo el país” (Verdad Abierta, 2008).

En este contexto, a inicios del siglo XXI, con el apoyo de organizaciones locales e internacionales, en el Gobierno de Andrés Pastrana, entre 1998 y el 2002, se estableció un proceso de paz entre las FARC y el Gobierno Nacional. La sede de dichos acuerdos se denominó zona de distensión, conformada por un área de 42.139 kilómetros cuadrados, ubicada entre los municipios de Mesetas, Uribe, Macarena, Vistahermosa y San Vicente del Caguán, en los departamentos del Caquetá y Meta. Nunca hubo cese al fuego bilateral.

Pese a los diversos encuentros que se produjeron entre las partes, al acompañamiento internacional y a la expectativa generada a la opinión pública, el grupo guerrillero continuó perpetrando atentados contra la sociedad civil y la fuerza pública. Por consiguiente, el proceso fue abolido por el presidente el 20 de febrero de 2002, tras el secuestro de Jorge Eduardo Gechem Turbay, a manos de un frente de las FARC (Castellanos Díaz, 2011, pág. 24).

En este contexto, entre los años 2001 y 2003 se intensificó la guerra en las ciudades. Los diversos grupos armados, con el objetivo de estar más cerca al poder y buscando que sus atentados tuvieran mayor repercusión, centraron sus esfuerzos en los frentes urbanos.

El 7 de agosto del 2002, Álvaro Uribe Vélez asumió la presidencia de Colombia. Un par de meses después, con el objetivo de acabar las milicias urbanas de las guerrillas de las FARC, el ELN y los Comandos Armados Populares (CAP) que libraban una guerra en Medellín, ordenó la ejecución de la “Operación Orión” en la comuna 13 de esta ciudad; este era el comienzo de un gobierno que proclamaba la política de “mano dura”.

Sandra Milena Álvarez, fundadora de Agroarte colectivo de la Comuna 13 de Medellín, escribió en 070: “En el operativo participaron fuerzas conjuntas del Ejército, el DAS, la Policía, el CTI, la Fiscalía y las fuerzas especiales antiterroristas que durante un mes se tomaron la zona con tanquetas, helicópteros artillados y 1.500 efectivos. El saldo fueron miles de muertos, heridos, desaparecidos y 4 mil desplazados, según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica” (Álvarez, 2019).

En 2003 Álvaro Uribe emprendió el proceso de desmovilización y desarme de 34 bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia en lo que se conoció como el Pacto de Ralito.

Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, las desmovilizaciones de las autodefensas iniciaron el 25 de noviembre de 2003, en Medellín, con el bloque Cacique Nutibara, y terminaron el 15 de agosto de 2006 con el bloque Elmer Cárdenas. En 38 actos se desmovilizaron 31.671 integrantes de los grupos paramilitares.

Con las Farc el gobierno implementó una política guerrerista que le permitió dar a la organización guerrillera más fuerte del país los siguientes golpes: rescate de secuestrados a través de estrategias como la Operación Jaque; captura y extradición de figuras clave de la organización como Nayibe Rojas Valderrama, alias Sonia, y Ovidio Ricardo Palmera Pineda, alias Simón Trinidad. Si dio de baja a importantes integrantes del secretariado como: alias Raúl Reyes, el primero de marzo de 2008 en un campamento en la frontera con Ecuador; alias Martín Caballero, el 24 de octubre de 2007; y alias El Negro Acacio el dos de septiembre de 2007.

Tras ocho años de gobierno de Uribe, su ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, se lanza a la presidencia, obteniendo la mayoría de los votos, bajo la promesa de continuar con la Política de Seguridad Democrática desarrollada por su predecesor.

En 2011 el nuevo gobierno retoma el concepto de conflicto armado, para referirse a la situación del país, tras años en los que el gobierno de Uribe se negaba a usar ese concepto y en su reemplazo utilizaba la categoría terrorismo, para referirse a los actos de las guerrillas.

El cambio en el lenguaje se produce con el ánimo de impulsar un proyecto de Ley en el que se reconoce a las víctimas y se obliga a todo el aparato estatal a garantizarles reparación. De esa manera nace La Ley de Víctimas 1448 de 2011, en la que se define que se consideran víctimas aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a

partir del 1º. de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno, tal como reza la ley.

En mayo de 2012 se cumplieron 48 años de enfrentamiento armado entre el Estado colombiano y las FARC-EP. A finales de ese mismo año, el presidente Santos y los representantes de esa guerrilla anunciaron que iniciarían un proceso de diálogos con miras a finalizar el conflicto armado.

Tras cuatro años de negociaciones en la Habana Cuba, el 26 de septiembre de 2016, Juan Manuel Santos, presidente de Colombia, y Rodrigo Londoño, alias “Timochenko”, comandante en jefe de las FARC, firmaron el Acuerdo de Paz en Cartagena. La refrendación popular de los acuerdos vía plebiscito, programada para unas semanas después, estaba prevista como el primer paso del cronograma de implementación. Los colombianos fueron llamados a las urnas para responder Sí o No a la pregunta: ¿Apoya el acuerdo final para terminación del conflicto y construcción de una paz estable y duradera? A lo cual, el No supero el Sí por 0,43% del total de los votos con 62% de abstencionismo (Botero 2017). A finales de noviembre del mismo año, el gobierno y las FARC refrendaron el Acuerdo de Paz a través del Congreso de la República.

Este paso en la búsqueda de la paz se ha visto enfrentado, en los últimos años, al gobierno de Iván Duque, un aliado de Álvaro Uribe Vélez, que entró cuestionando el Acuerdo y que, según líderes del partido Fuerza Alternativa del Común, conformado por los exintegrantes de las FARC, no ha cumplido con lo estrictamente firmado.

Cuando este libro se terminaba, la sombra del conflicto armado seguía cubriendo gran parte del territorio nacional. Solo el asesinato de líderes sociales y defensores de derechos humanos superaba las 900 víctimas. “Según el último informe del Instituto de estudios para el desarrollo y la paz (Indepaz) desde la firma del Acuerdo con las Farc, entre 2016 y lo corrido del 2020, han asesinado a 840 líderes y 131 líderes defensores de derechos hu-

mano” (Martínez, 2020). Entre el 1 de enero de 2020 y el 31 de diciembre del mismo año el portal Verdad Abierta registró 92 masacres en el país, a lo que se suma 249 excombatientes de las Farc, firmantes del acuerdo de paz, asesinados.

Los habitantes de Usme, territorio sobre el que se gesta la historia que este trabajo periodístico recupera, aseguraron al equipo de reporteros de la Unidad de Investigación Periodística, que el Acuerdo de Paz les había creado la ilusión de gozar de su localidad sin miedo. Pero el retorno de algunos de los máximos negociadores de las Farc a las armas, en agosto de 2019, les producía desesperanza. El miedo lo conocen los mayores de la localidad más rural de la capital de Colombia, desde la década del noventa, cuando las Farc encontraron que en ese territorio podían fortalecer el Bloque Antonio Nariño, hacer sentir la guerra en la ciudad, y llegar al poder.



PARTE 2

De Casa Verde a Bogotá



Usme, la quinta localidad de Bogotá, es un paisaje de casas apeñuscadas de distintos tamaños, en su mayoría hechas de ladrillo rojo, con fachadas de todos los colores. Tiene calles pavimentadas y destapadas, anchas y angostas, planas e inclinadas. Transitan por ellas gente con trajes humildes, abrigados, que dan cuenta de los vientos fríos que llegan de la Cordillera Oriental. Es domingo, y en Usme se escuchan voces infantiles y adultas, y música que emana de las casas, las tiendas y los restaurantes sencillos.

Es una localidad popular, como se llama en Colombia a esos lugares en los que lo rural y lo urbano se yuxtaponen; y es que Usme, ubicada en el extremo sur de la capital del país, es más lo primero que lo segundo. Basta leer en los datos de la Veeduría Distrital que su distribución urbana es solo del 23 %. Además, detrás de esos barrios de ladrillos se extiende una cadena de montañas que van dando vida a la cordillera en la que se encuentra la localidad vecina: Sumapaz, la última de Bogotá por el sur, y la única 100 % rural.

Los pobladores de estas localidades recibieron con jolgorio la firma del Acuerdo de Paz, entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), y el Gobierno de Juan Manuel Santos. En efecto, dicen algunos campesinos de la zona, sintieron tranquilidad en su territorio por algunos meses. No obstante, en agosto de 2019,

el rearme de un grupo de altos mandos de la desmovilizada FARC encendió las alarmas, la desconfianza y el miedo en los habitantes.

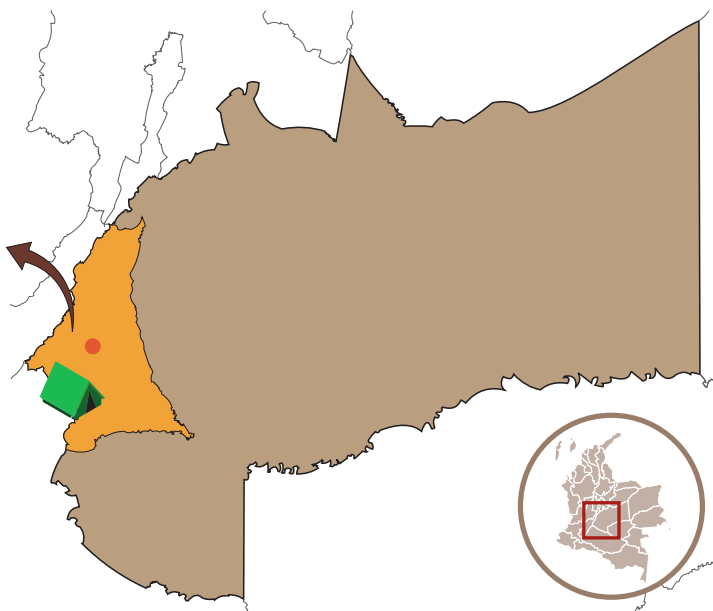
“Nosotros no nos sentimos seguros. Por eso es que uno hay veces que cuando llega gente así, rara, como ustedes (equipo periodístico), dice uno “pero ¿quiénes son?”. Con tanta vaina que hay ahora”, manifiesta una mujer que pide que su nombre no se publique.

Dagoberto Bohórquez, residente de la zona rural de Usme, señala que “hay rumores de que vuelve la guerrilla por aquí a estas regiones. Uno de corazón quisiera que no volviéramos a vivir los años del noventa, y de todo eso porque son los años más duros que nos ha tocado vivir a nosotros como campesinos. Los rumores dicen que como los jefes se ‘abrieron’ de los diálogos de paz, que como volvieron a retomar las armas, ellos van a crear sus nuevos frentes y van a volver a recuperar algunas zonas de Cundinamarca o de Sumapaz”.

Durante la década del noventa y los primeros años del 2000, los habitantes de Usme fueron testigos del trabajo político y de los actos bélicos orquestados por el grupo armado: masacres, estrategias propagandísticas, extorsiones, secuestros, entre otras acciones que eran consecuencia de la Séptima Conferencia de las FARC, en la que el grupo armado se propuso desplegar nuevos frentes guerrilleros a zonas urbanas en busca de la toma del poder. Un punto estratégico era la Cordillera Oriental, en el departamento de Cundinamarca, para acercarse a la capital del país.

A lo decidido en la Conferencia se sumó que el 9 de diciembre de 1990, el mismo día en el que los colombianos votaron por La Asamblea Nacional Constituyente, bajo el gobierno de César Gaviria se desarrolló la Operación Colombia, con la que se buscó atacar Casa Verde, el reconocido campamento de las FARC, ubicado en las inmediaciones del Río Duda en Uribe, Meta.

En Uribe, Meta, las Farc instalaron uno de sus campamentos más importantes: **Casa verde**. Allí operaba, en la década del ochenta, la instancia más alta de la organización.



En ese municipio, durante el gobierno de **Belisario Betancourt**, se llevó a cabo el **primer proceso de paz** con el grupo armado. Sin embargo, los acuerdos firmados en marzo de 1984 **fracasaron**.

En parte por el **exterminio de la Unión Patriótica (UP)**, cuyos integrantes fueron asesinados por paramilitares, en algunos casos con complicidad del Estado.

Pero también por la resistencia de esta guerrilla de **mantenerse en armas y desplegarse para cercar a Bogotá**.

En **1990**, bajo el gobierno de Cesar Gaviria, se atacó Casa Verde, en un **operativo militar que movilizó más de 1.200 hombres**.



Según el periódico El Tiempo del 11 de diciembre de ese año, el operativo, que movilizó más de 1.200 miembros del Ejército, consiguió reducir Casa Verde, pero no al Secretariado de las FARC, conformado por Manuel Marulanda, Efraín Guzmán, Jacobo Arenas, Alfonso Cano, ‘Mono Jojoy’ y Raúl Reyes. Ninguno fue abatido.

El docente, escritor y analista del conflicto armado Eduardo Pizarro recuerda cómo, a finales de los años ochenta e inicios de los noventa, las FARC se ciernen sobre la Cordillera Oriental, dentro de un plan militar para cercar a Bogotá: “La importancia de Casa Verde, de Uribe, Meta, es que bordea Bogotá, porque Bogotá es una cosa increíble. Además de los barrios de carácter urbano, tiene una extensa zona rural, que es toda la región de Usme hasta el Sumapaz que llega hasta el departamento del Meta. Entonces cuando las FARC pensaban en llegar a la región del Sumapaz, era pisando ya territorios de Bogotá”.

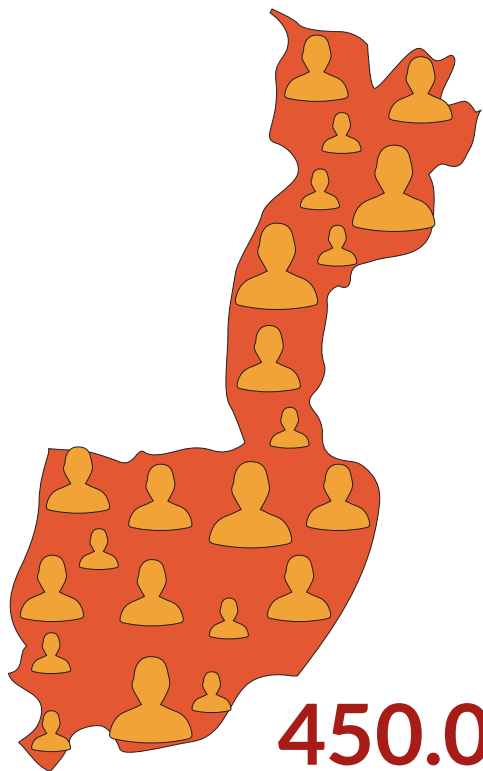
A partir del ataque a la sede del Secretariado de las FARC, la organización guerrillera resolvió hacer efectiva las primeras acciones en las ciudades, en especial Bogotá, la sede del poder político-administrativo. En consecuencia, los frentes rurales ubicados desde los años ochenta en Cundinamarca, empezaron a realizar operativos en los municipios más cercanos a Bogotá, particularmente los que limitaban con las localidades del sur de la ciudad cuya población pertenece mayoritariamente a los estratos uno, dos y tres.

La presencia de las FARC en las zonas rurales de Bogotá es reconocida históricamente. Frecuentemente se habla de la injerencia del grupo guerrillero en Sumapaz, pero poco se habla de la presencia en la localidad más próxima de la Bogotá urbana: Usme.

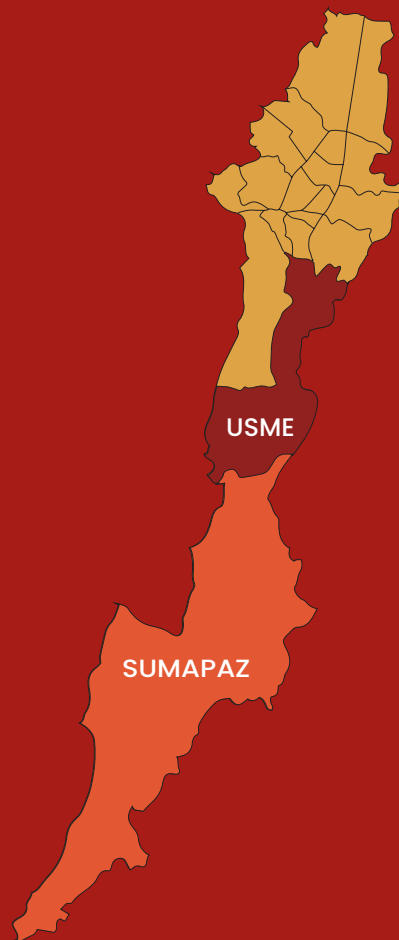
USME

Localidad N° 5 de Bogotá

Fuente: Ficha Local Usme, Veeduría Distrital



450.000
Habitantes



Segunda localidad con **más extensión rural** después de Sumapaz.

El delito más
recurrente es el
hurto.



118
Sectores
catastrales





La voz de un experto Eduardo Pizarro Leongómez

Eduardo Pizarro, profesor de la
Universidad Nacional de Colombia

Eduardo Pizarro es uno de los académicos que mejor comprende el conflicto armado colombiano; sus obras dan fe de eso, así como su historia familiar. Fue presidente de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación entre 2005 y 2010, fue embajador en Holanda, y, además, integró la Junta Directiva del Fondo de Víctimas de la Corte Penal Internacional. En el proceso de paz con las FARC, que se llevó a cabo en la Habana, fue relator de la Comisión de Historia del Conflicto y sus Víctimas. Actualmente es profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

¿Cuál es la explicación que usted encuentra, con toda la experiencia que tiene, para que Usme, localidad de Bogotá, fuera un territorio estratégico para las FARC?

Para entender, básicamente, lo que pasó con las FARC y Bogotá, fue que las FARC en los años noventa ubicaron su retaguardia estratégica, es decir, sus unidades más importantes a nivel militar, que era el Frente Oriental que dirigía el 'Mono Jojoy' en las Llanos del Yarí, donde estaba, entre Caquetá y Meta, 'Marulanda' y otros comandantes de las FARC. La idea de ellos era por la Cordillera Oriental llegar al páramo de Sumapaz y llegar a Bogotá.

Entonces el objetivo estratégico era ubicar aquí las tropas de élite. Entonces la importancia que tiene Casa Verde era que acercaba mucho la comandancia de las FARC a Bogotá. Estaban a pocas horas de vuelo en helicóptero y les permitía acercarse al sur de la ciudad, porque finalmente el páramo de Sumapaz hace parte... es la zona rural del distrito de Bogotá y el municipio de Uribe quedaba muy cerca.

Y para eso, entonces, crearon frentes guerrilleros en todo Colombia, y eso frentes tenían el objetivo de dispersar al Ejército. Un Ejército disperso en un territorio tan complejo como es Colombia, se vuelve completamente impotente y dispersando al Ejército podían aprovechar para entrar a Bogotá.

Entonces en eso años, en los años noventa, cuando hubo grandes éxitos militares de las FARC, en el sur del país, sobre todo, lo que ellos hacían cuando atacaban una unidad de élite del Ejército, de 120 hombres o más, era que reunían 700.800 guerrilleros de muchos frentes, atacaban esa unidad de élite y el mismo día y a la misma hora estaban atacando 20 objetivos en el país. Así dispersaban la tropa, la obligaban a responder muchas acciones militares y, mientras tanto, aniquilaban una unidad de élite. Entonces por eso Usme, Sumapaz, el sur de Bogotá, era estratégico: porque era la entrada a Bogotá”.

¿De qué manera las FARC empiezan a hacer presencia en Uribe, municipio del Meta, y por qué es importante el operativo contra Casa Verde?

Fundamentalmente las FARC, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, toman la decisión de convertir la Cordillera Oriental en la cordillera estratégica para cercar a Bogotá. Las FARC comienzan a concentrar sus unidades de élite en los Llanos de Yarí, Caquetá y Meta, y su idea, fundamentalmente, es aproximarse por la Cordillera Oriental por la región del Sumapaz.

El páramo del Sumapaz, que es el páramo más grande del mundo está a una altura de 4.000 o 5.000 metros. Por consiguiente, es muy difícil que haya tropas permanentes en la zona y lograr acercarse a Bogotá, lo que ellos llaman cercar las ciudades desde el campo con guerrillas de carácter rural, pero se ayudaron con un frente urbano, por eso crean el Frente Antonio Nariño en Bogotá.

Bogotá es una cosa increíble, además de los barrios de carácter urbano, tiene una extensa zona rural, que es toda la región de Usme hasta el Sumapaz que llega hasta el departamento del Meta. Eso pocos bogotanos lo saben.

¿Es en la Séptima Conferencia de las FARC en la que se planea cercar las ciudades?

A partir de la Séptima conferencia de las FARC, que se celebra a principios de los años 80, las FARC comienzan a distanciarse del Partido Comunista Colombiano y comienzan a tener autonomía en su proyecto militar. Finalmente, el distanciamiento se va a dar en los años noventa, porque hasta los años ochenta las FARC dependían del Partido Comunista, pero el partido no quería que las FARC actuaran con mucha fuerza, porque podían poner en peligro el trabajo urbano que desde el partido se hacía.

Era lo que el Partido Comunista denominaba “La combinación de todas las formas de luchas revolucionarias, las formas legales y las formas ilegales”. Pero las formas ilegales, la lucha armada, era subordinada, dependiente de las formas legales, mientras que hubiera una coyuntura revolucionaria que permitiera que la lucha armada tomara la delantera.

En los años ochenta esta guerrilla cambia su sigla, ya no se FARClaman FARC, solamente, (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), sino

FARC - EP, suman Ejército del Pueblo, y en ese momento deciden pasar de una lucha puramente subordinada, a la lucha política y sindical del Partido Comunista, a la lucha armada con su propia autonomía. Y es ahí cuando comienzan a ensayar su estrategia militar para buscar cercar a Bogotá.

¿Por qué el Gobierno de César Gaviria dio la orden de atacar Casa Verde?

Casa Verde fue atacada el 9 de diciembre de 1990. Ese día los colombianos estábamos acercándonos a las urnas para elegir La Asamblea Nacional Constituyente. Gaviria ha dado mil explicaciones, pero es obvio que atacar la Uribe, el día de elecciones, era para tomar por sorpresa al Secretariado de las FARC y al estado mayor que estaba concentrado en Casa Verde, y que no podía ni siquiera imaginarse que iban a ser atacados el día en que estábamos los colombianos votando.

Ese factor sorpresa fracasó. Hay un gran debate sobre por qué fracasó, pero aparentemente hubo filtraciones de algunas personas del ámbito político que le informaron a las FARC, entonces el factor sorpresa no se produjo. Y cuando los helicópteros y los aviones bombardearon Casa Verde, ya el estado mayor de las FARC se había desplazado de la zona.

He discutido este tema muchas veces con el presidente Gaviria y sobre todo con Rafael Pardo, que era en ese momento Consejero de Seguridad Nacional y luego fue Ministro de Defensa. Ellos plantean que las Fuerzas Militares tomaron esta decisión de forma autónoma. Yo no creo de ninguna manera que las Fuerzas Militares ataquen una instalación de la guerrilla, en un momento en el cual había un proceso de paz, sin consultar con el gobierno.

Yo creo que Gaviria y Rafael Pardo están ocultando algo, y ese algo probablemente es que ya las negociaciones de paz con el M-19, con el Quintín Lame, con el Partido Revolucionario de los Trabajadores y con el Ejército Popular de Liberación iban muy avanzadas. Ya estaba la decisión de que ellos participaban en el proceso de paz y en la constituyente. Por lo menos el M-19 y más tarde los otros tres grupos guerrilleros y las FARC y el ELN se ven excluidos, entonces la idea, a mi modo de ver, es que Gaviria quería dar

un golpe estratégico contra el estado mayor de las FARC para poder consolidar la paz con los otros cuatro grupos, que iban a participar ese día en las elecciones.

Si le entendimos bien, Gaviria y Pardo le dijeron a usted que no fue una orden desde la presidencia. Según ellos ¿fue una actuación autónoma del Ejército?

La explicación que da Rafael Pardo en sus memorias es que el presidente Gaviria le había dado autorización a las Fuerzas Militares para actuar en cualquier lugar del territorio nacional, sin pedir autorización.

Yo, personalmente, creo que esa explicación es muy endeble porque: primero, había una gran movilización de helicópteros, de aviones, en esos días. Era muy difícil que el gobierno no estuviera informado de esa gran movilización de tropas antes de las elecciones. Lo que argumenta el gobierno era que esa movilización de tropas se explicaba porque estábamos en un periodo preelectoral y había que proteger las elecciones en todo el territorio nacional.

Yo pienso que era una cortina de humo y que el gobierno tenía claridad de que atacando al estado mayor de las FARC ese día, lograban un éxito estratégico, pero eso es un gran debate que le dejo a los historiadores y a los periodistas.

Como usted mencionó, el ataque a Casa Verde fue fallido, porque ya no estaban los miembros del Secretariado. Pese a eso ¿Cree que con este ataque se llegó a desestabilizar la estructura de las FARC?

Lo que ocurre después es muy impactante, porque las FARC se repliegan hacia el sur del país, hacia los Llanos del Yará, y no se produce ninguna negociación exitosa con las FARC. Recuerden que, a partir del año 1992, se iniciaron negociaciones con las FARC en Caracas y luego en Tlaxcala, México, donde también participaba el Ejército de Liberación Nacional, por primera vez, y una pequeña disidencia del EPL, que no quiso firmar la paz, que eran los sobrevivientes de la llamada Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

Esas negociaciones en Caracas y Tlaxcala, México, fracasan y las FARC toman una decisión estratégica, que es pasar de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos, es decir, pasar de unidades militares reducidas que hacían emboscadas a aglutinar simultáneamente muchos frentes guerrilleros, cientos de hombres en muchas ocasiones.

Como fue por ejemplo cuando se tomaron Mitú, en 1998, donde participaron 1.500 guerrilleros simultáneamente. ¿Esto que significó? que las FARC en los años noventa crearon escuelas de cadetes, escuelas militares. Aparentemente quienes les permitieron pasar de la guerra de guerrillas a las guerras de movimientos... para uno actuar con 30 guerrilleros no necesita mucha formación militar, sino experiencia. Pero para uno actuar con 500, 1.000, 1.500 hombres simultáneamente, necesita ser un oficial de escuelas militares, un coronel.

Aparentemente fueron chilenos, refugiados chilenos en Cuba, que hicieron carrera militar en el Ejército Cubano que luego estuvieron en El Salvador y en Nicaragua, durante las guerras civiles en estos dos países... los que llegaron a Colombia y en la Escuela Hernando González, el nombre de un joven estudiante de la Universidad Libre que murió en Marquetalia en 1965, en la Escuela Hernando González prepararon oficiales de escuela militar, es decir, en Colombia teníamos dos escuelas: la Escuela Militar de Cadetes, aquí en la calle 80 con carrera 30 (Bogotá), y la Escuela Militar Hernando González, en los Llanos del Yará, ambos preparando oficiales de escuela.

Entonces es una situación dramática, porque las FARC, por primera vez, comenzaron a producir derrotas, las peores derrotas que ha tenido el Ejército Colombiano en su historia se produjeron entre 1996 y 1998, cuando se da este paso de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos.

En respuesta al ataque que hubo en Casa Verde ¿considera que el Secretariado dio la orden de hacer sentir la guerra en la ciudad, en Bogotá?

Después de Casa Verde están los intentos de paz de Caracas y Tlaxcala, digamos entre los años 92 y 93, hasta final de la administración Gaviria,

cuando fracasa Tlaxcala. En ese momento el negociador de paz del gobierno era Horacio Serpa Uribe, pero se producen una serie de hechos, que llegan a que Horacio Serpa se pare de la mesa de negociación, entonces las FARC toman la decisión de pasar de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos. Toman la decisión de acercar la guerra a las ciudades mediante guerrillas cercanas a los centros, a las principales ciudades: Cali, Bogotá, Medellín. Y toman la decisión de crear núcleos de guerrilla urbana, que va a ser el Frente Antonio Nariño, dirigido por Carlos Antonio Lozada, el actual senador del Partido FARC.

¿Usted sabe específicamente quién dio esa orden?

El Secretariado de las FARC y el Estado Mayor, obviamente

¿Tiene conocimiento de qué manera se empezaron a distribuir en la Cordillera Oriental los bloques de las FARC, en esos años?

Fundamentalmente la idea era tener la retaguardia estratégica en los Llanos del Yará. Retaguardia estratégica significa, fundamentalmente, las unidades de élite, que era el Frente Oriental del 'Mono Jojoy', y a partir de ahí, ir moviendo el Estado Mayor para acercarlo a Bogotá. Entonces inicialmente estaban en esa zona, luego lo fueron trasladando por la Cordillera Oriental hasta la Uribe. Hay algunos documentos de las FARC donde plantean que el Estado Mayor hay que moverlo hacia la región del Sumapaz, es decir, tener el cerebro de la retaguardia estratégica lo más cercano Bogotá. En ese momento comienzan a crear frentes guerrilleros y comandos de élite en Cundinamarca.

Se llegó a tener 18 frentes y unidades de élite en Cundinamarca, ya había combates en La Calera ¡aquí a media hora de este apartamento había combates con las FARC!. Y había combates en muchas zonas cercanas a Bogotá, en el Sumapaz. Entonces la idea estratégica, insisto, era acercarse a Bogotá para eso se necesitaba tener los frentes guerrilleros en Cundinamarca, rurales, pero muy cerca de la ciudad.

¿Qué conocimiento tiene de las milicias urbanas y el trabajo político clandestino que llevaban en la ciudad de Bogotá?

El Frente Antonio Nariño llegó a ser un frente relativamente importante, la verdad es un misterio cuántos hombres tenían, pero realizó algunas acciones de mucho impacto como pudo ser el Club El Nogal (la explosión de un carro bomba). Y otras acciones que eran tremendamente desestabilizadoras. Pero la idea, fundamentalmente, era que los frentes guerrilleros en Cundinamarca pudieran incomunicar a Bogotá, para eso trataban de volar los puentes que unían a Bogotá con el norte del país, volar los puentes que unían a Bogotá con el sur del país, hacia Villavicencio, controlar la carretera que iba hacia el Tolima para poder impedir que llegaran alimentos y afectar la sobrevivencia de Bogotá. Simultáneamente estimular movimientos urbanos de protesta, con acciones del Frente Antonio Nariño.

El 26 de noviembre de 1991 un grupo de las FARC masacra a una comisión judicial que va a recoger el cuerpo de un líder social en La Unión en Usme ¿Tiene conocimiento del plan del grupo armado con estas acciones en la localidad?

La verdad, yo creo que... digamos, había muchas acciones de distinto tipo, pero estaban en el marco del plan estratégico de cercar a Bogotá. Yo no sé si este tipo de acciones, que no tienen mucho valor militar, hacen parte simplemente de la lógica de la guerra o si era parte de un objetivo con un mensaje de mayor valor. Yo diría que, simplemente, lo que me menciona es un hecho de la guerra, pero no hace parte de las acciones que tuvieron mayor valor estratégico en la idea de la toma de Bogotá, muy probablemente la idea. Lo que está ocurriendo ahorita con el asesinato de muchos líderes sociales en el país, es que grupos armados ilegales, ya sean criminales, el Ejército de Liberación Nacional o disidencias de las FARC buscan, a través del asesinato de líderes sociales, el control del territorio, y muy probablemente este tipos de acciones tenían que ver con la necesidad de las FARC de ir controlando el territorio, el sur de Bogotá, que era la zona de entrada estratégica del Bloque Oriental.

Entre 1998 y 2003 se dan los diálogos de paz en el Caguán, durante el gobierno de Pastrana ¿Como consecuencia las FARC se fortalecen en la ciudad o venían haciéndolo por debajo de cuerda desde el comienzo de los diálogos?

Ellos se toman Mitú en 1998, una capital departamental. Se la toman pocas semanas antes del inicio de las negociaciones de paz en San Vicente del Caguán. La idea de las FARC era, tomándose una capital departamental, mandarles un mensaje al mundo, que ellos controlaban la capital de un departamento así fuese un departamento marginal y por consiguiente ya había en Colombia una suerte de doble poder: el poder del Estado central en Bogotá y el poder de las FARC en el sur del país.

Y lo que ocurre en ese momento, fundamentalmente, es que las FARC quieren presentarse como un estado en construcción, eso es lo que explica, fundamentalmente la toma de Mitú, que fracasa. Fracasa por algo que las FARC nunca esperaban y era que al tomarse Mitú ellos habían destruido el aeropuerto. Por consiguiente, por aire era imposible llegar y por tierra se demoraba la tropa varios meses. Ellos no esperaban que el gobierno de Brasil le permitiera a la división colombiana llegar a un pequeño aeropuerto que hay en la frontera, a pocos kilómetros de Mitú. Pero era ilegal que el Gobierno brasilero le permitiera a las tropas colombianas, extranjeras, estar en su territorio sin autorización del Congreso. Pero el presidente Cardoso dio la autorización y eso fue lo que pasó en la toma de Mitú que fue una pérdida, dramática, para las FARC y las FARC se dieron cuenta que no estaban en capacidad de lanzar su objetivo estratégico sobre Bogotá, no estaban preparados después del fracaso de la toma de Mitú.

Entonces las FARC aceptan la zona de distensión para reentrenar la tropa, para aprender nuevas técnicas militares, para reentrenar la oficialidad y la comandancia. Y la idea de ellos era salir de la zona de distensión cuando esta fracasara, porque ellos preveían que iba a fracasar, hacia la toma de Bogotá. El problema era que el Ejército se estaba preparando también, entonces cuando termina la zona de distensión ya el Ejército está preparado para contener a la ofensiva de las FARC, que también fracasa.

¿Qué conocimiento tiene de la carretera de las FARC construyó para comunicar a Bogotá con el Caguán?

Esa información que usted me da, que yo desconocía totalmente, me parece extraordinariamente coherente con todo lo que hemos discutido, porque evidentemente la movilización de tropas desde el sur del país hacia Bogotá

por la Cordillera Oriental requería una infraestructura mínima. Las FARC estaban en ese momento robando muchas camionetas blindadas, que luego las vimos en el Caguán, durante las negociaciones de paz. Yo creo que la idea, fundamentalmente, era crear unas vías que permitieran una más rápida movilización de las FARC cuando hubiese la coyuntura ideal para la toma del poder, que ellos preveían que ya Colombia estaba madura para una revolución y que se iba a producir en cualquier momento la chispa, que era incendiar la pradera, como decía Mao Tse – Tung. Y en ese momento había que movilizar rápidamente el Frente Oriental hacia la capital.

Es decir que hubo una intencionalidad desde los diálogos del Caguán... O sea, era una estrategia militar esos diálogos, también, para hacer de forma clandestina una carretera.

Si, es muy importante tener esto claro, yo les recomiendo mucho un libro de Fidel Castro, que se puede bajar de Google, que se llama La Paz en Colombia, donde Fidel Castro, extrañamente, a la traición de la Revolución Cubana, publica las cartas que intercambia el delegado cubano en el Caguán con Raúl Reyes y con Manuel Marulanda Vélez. Hay una carta muy impresionante donde Raúl Reyes o Marulanda le dice a Fidel Castro, que “Nosotros no estamos aquí para lograr un acuerdo de paz, nosotros estamos aquí para prepararnos para la toma de Bogotá y de aquí salimos fortalecidos, militarmente, para la toma de Bogotá”. Es decir, las FARC hicieron unas negociaciones completamente ficticias.

Fíjense ustedes que los doce puntos acordados en las negociaciones de paz del Caguán, que tenía cincuenta puntos menores, no se logró avanzar en uno solo en tres años. El primer punto era el cambio...era la discusión sobre el modelo de desarrollo económico y el primer subpunto, de este punto, era el tema del empleo y en ese subpunto, el empleo, no se logró avanzar nada en tres años. Las FARC lo único que hicieron fue, durante estos tres años, tomar el pelo en las negociaciones porque estaban, fundamentalmente, preparándose para la guerra.

Ahora, yo tengo la convicción que también el Estado, que había sufrido graves derrotas militares en los noventa, necesitaba una pausa para fortalecerse. Ambos se estaban fortaleciendo para el fin de las negociaciones en

la zona de distensión, ambos, el Ejército y la guerrilla que sabían que venía la confrontación definitiva y esa confrontación la perdió las FARC y, por consiguiente, terminaron sentados en la mesa de negociación de La Habana, firmando el acuerdo de desmovilización y de entrega de las armas.

Bajo el gobierno de Álvaro Uribe se establece la política de Seguridad Democrática. ¿De qué manera este operativo expulsó a los Bloques Orientales de Bogotá y Cundinamarca?

En el año 2002, cuando se inicia el gobierno del presidente Uribe, ya venía una reorganización total de las Fuerza Militares, que había iniciado el General Tapias y el General Mora como comandante, creo que, de la V Brigada, y luego cuando al General Mora lo nombran Comandante General de las Fuerzas Militares en el año 2002, él lanza lo que se llama el Plan Patriota.

El Plan Patriota tuvo dos fases: la primera fase buscó sacar a las FARC de Cundinamarca. Fue muy exitoso, muy rápido, muy impactante, porque en pocos meses las FARC habían desaparecido en Cundinamarca. Luego de desaparecida la amenaza sobre Bogotá de los 18 frentes y unidades militares que había y de que se había debilitado el Bloque Antonio Nariño, Lozada tuvo que salir de Bogotá.

Lanzan la segunda fase, que es la fase de ocupar los Llanos del Yarí, es decir, se le metieron a la casa a las FARC, a su retaguardia estratégica, a diferencia del pasado. ¿En el pasado qué pasaba? Que el Ejército ocupaba zonas de influencias de las FARC y a los meses se iba y las FARC volvían.

La diferencia que hubo con el Plan Patriota en su fase dos, fue que el Ejército llegó, ocupó y se quedó, entonces destruyeron la retaguardia estratégica de las FARC. Fue dramático para las FARC no tener una zona segura donde podían conducir todas las luchas.

Por eso se crea un campamento en Ecuador, el campamento de Angostura, donde Raúl Reyes comenzó a sustituir los Llanos del Yarí; y el campamento de Angostura se convirtió en la zona de comunicación para que interactuaran y se comunicarán todos los frentes de las FARC en todo el territorio nacional.

Por eso la muerte de Raúl Reyes, el 01 de marzo de 2008, cuando bombardeó la Fuerza Aérea el campamento de Raúl Reyes, en territorio ecuatoriano, fue dramático para las FARC, porque era su centro de comunicaciones y de comando...de mando.

¿Para dónde específicamente se van las FARC cuando las expulsan de Cundinamarca?

Se repliegan...las FARC cuando salen de Cundinamarca salen muy disminuidas y se repliegan hacia diferentes zonas del territorio nacional, pero fundamentalmente hacia el sur, donde ha sido la zona estratégica de las FARC... pero muy debilitados salieron los 18 frentes y unidades militares que tenían en Cundinamarca.

Teníamos entendido que con la Operación Libertad 1 en el año 2003 se daba la salida de las FARC en Cundinamarca

En la primera y segunda fase del Plan Libertad se metieron a los Llanos de Yarí para desarticular la zona estratégica de las FARC. Tuvo dos fases, por eso se crearon todas esas unidades de élite que fueron dirigidas por el General Flores, recuerden que el General Flores fue el negociador de las Fuerzas Militares en La Habana, y el General venía de comandar las unidades militares de élite con el Plan Patriota en esos años.



Usme, la estrategia de las FARC



Julián Gallo Cubillos, hoy senador por el partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), y más conocido por el nombre que adoptó en sus años de guerrillero: Carlos Antonio Lozada, llegó a ser el jefe del bloque urbano Antonio Nariño, que operó en Bogotá desde principios de la década del ochenta. Lozada ingresó a la organización guerrillera en 1978, cuando tenía 17 años, y tres años después, en 1981, el Secretariado le dio la orden de desplazarse del Cauca hacia la capital del país con el fin de organizar una red urbana.

“El objetivo del trabajo urbano, dentro del plan estratégico de las FARC, era crear las condiciones para que, en medio de una insurrección popular, si se llegaba a dar esa condición, existieran estructuras político-militares aquí al interior de la ciudad que pudieran entrar a jugar un papel en esa insurrección. Eso ligado a una ofensiva de guerra de guerrillas sobre todas las áreas circundantes a la capital”, recuerda Lozada, sentado en su estrecha oficina en el Congreso de Colombia.

“El Frente Antonio Nariño llegó a ser un frente relativamente importante. La verdad es un misterio cuántos hombres tenían”, comentó Eduardo Pizarro, experto en conflicto armado. Al preguntarle a Lozada por el número de milicianos que hacían parte del grupo urbano, el ex-jefe del Bloque Antonio Nariño contestó que no quería dar datos precisos porque se encontraba compareciendo ante la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). “Sí, sí, qué importancia tiene si éramos 200, 80 o 50... pues de pronto yo sé que sí tiene importancia histórica, sí, claro, pero, no, no...”, dijo Lozada, molesto, frente a la pregunta del equipo de periodistas.

El trabajo político del Bloque Antonio Nariño se desplegó principalmente en tres localidades con problemáticas sociales y humanitarias: Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Usme. En esos territorios los milicianos empezaron a realizar un trabajo ideológico para adherir simpatizantes a su causa revolucionaria. Estas estrategias se retratan en la Octava Conferencia Nacional de las FARC, en la cual se estipuló que debían ganar la conciencia y el corazón de la población.

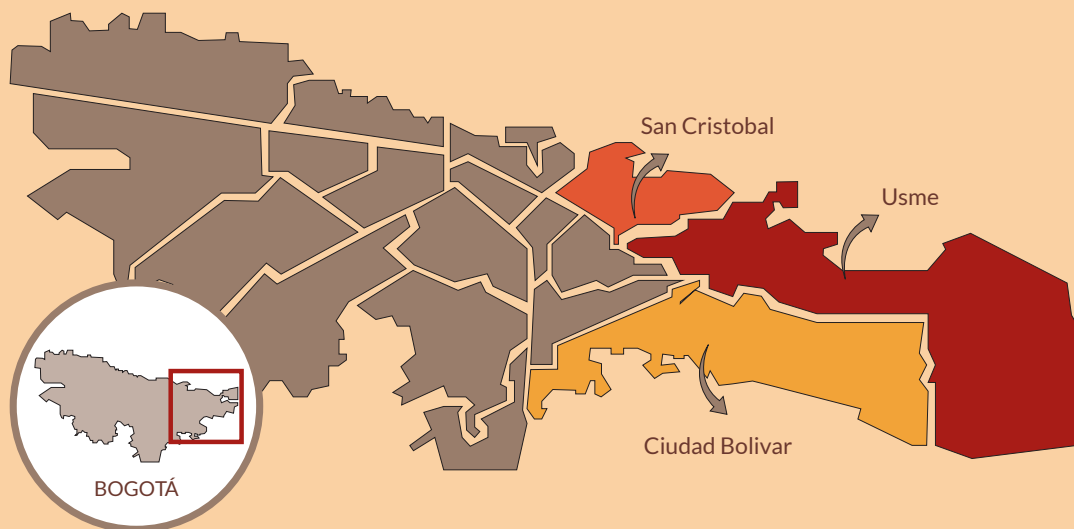
“En nuestro trabajo de organización, de agitación y propaganda política y militar, es muy importante que la población entienda por qué desarrollamos cada una de nuestras actividades. Tanto en el trabajo abierto como en el conspirativo, las masas deben entender como propia nuestra lucha; que las FARC somos parte del pueblo en armas”, se lee en el documento de la Conferencia.

Al respecto, exmilitantes de las FARC, habitantes de Usme, y cuyos nombres prefirieron dejar en reserva, evocan cómo en los años noventa, paralelo a un trabajo articulado con la Unión Patriótica, se desarrollaba en los territorios del sur de Bogotá movilizaciones sociales. “Desde ahí gestábamos las movilizaciones alrededor de las problemáticas que tenían las localidades en temas de servicios públicos, seguridad y transporte”, cuenta uno de ellos.

Habitantes de la localidad recuerdan la presencia de la guerrilla, en particular en las veredas altas, en el camino que de Usme conduce hacia San Juan de Sumapaz. “Me acuerdo de una vez que era presidente de la junta de acción comunal de aquí, y nos hicieron ir a todos los presidentes de la localidad 19 (Ciudad Bolívar), la 20 (Sumapaz) y la quinta (Usme) por allá a una parte del Sumapaz, y allá nos dieron unas cátedras de las ideologías de ellos. A veces el que no asistiera allá era declarado objetivo militar. Como estábamos bajo las órdenes de ellos”, afirma Dagoberto Bohórquez, habitante de la vereda La Unión, Usme.

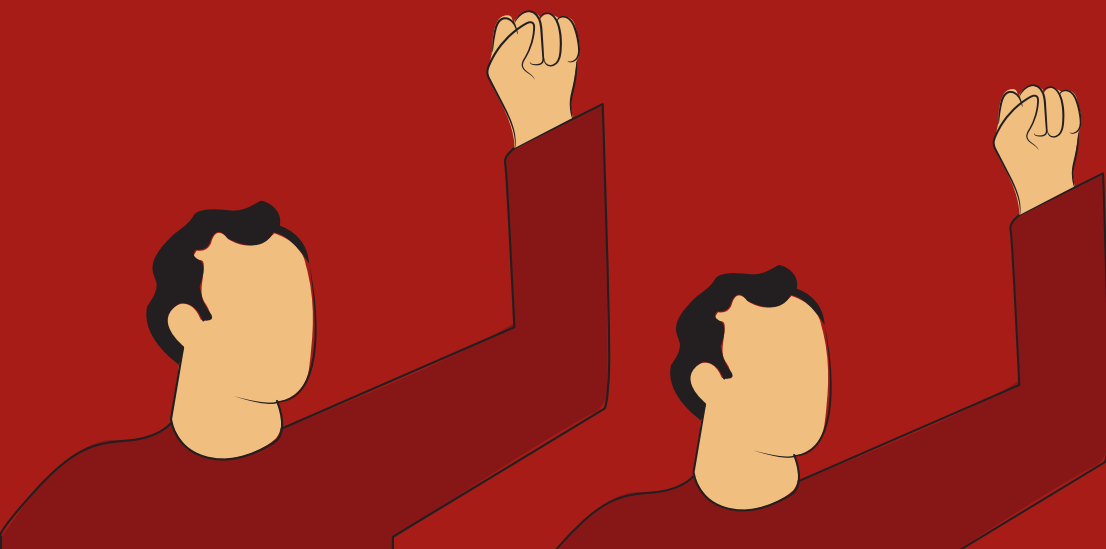
Así mismo, la comunidad relata cómo en aquellos años de los noventa, hombres que decían ser miembros de las FARC pedían ayuda a la población. “Vinieron y me pidieron que les colaborara con papas. Entonces, llegaron y se llevaron como 20 bultos en un carro. Ah, eso sí, a todos los cosecheros aquí le quitaron papa. Esa fue mi vacuna... pero ya ni más. A mí no me volvieron a pedir nada”, relata un poblador de la misma vereda.

El trabajo político del **bloque Antonio Nariño** se desplegó en tres localidades con problemáticas sociales y humanitarias: **Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Usme.**



En esos territorios los milicianos empezaron a realizar un trabajo ideológico para **adherir simpatizantes a su causa revolucionaria.**

Estas estrategias se habían planteado en la **VIII Conferencia Nacional de las Farc**, en la cual se estipuló que debían **ganar la conciencia y el corazón de la población.**



La prensa de la época registra también secuestros por sujetos que aseguraban ser miembros de esta guerrilla. Por su parte, Lozada asegura que en muchas ocasiones estas acciones se gestaban por parte no de las FARC sino de delincuencia común. “Si extorsionaban a la población de Usme o secuestraban a gente de ingresos medios pues simplemente se iban a ganar el rechazo. Yo creo que ni extorsionaban ni secuestraban en Usme. Me parece irracional, política y militarmente, extorsionar a personas de estratos bajos que iban a ser sus bases de apoyo social”, señala Eduardo Pizarro, experto del conflicto.

Las FARC, tras el ataque a Casa Verde, “toman la decisión de aproximar la guerra a las ciudades mediante guerrillas que operaban cerca de las principales ciudades: Cali, Bogotá, Medellín; y toman la decisión de crear núcleos de guerrilla urbana, que va a ser el Frente Antonio Nariño que va a ser dirigido por Carlos Antonio Lozada, el actual senador del Partido FARC”, puntualiza Pizarro.

Al respecto, Carlos Lozada confirma que “hasta ese momento existían las estructuras urbanas, pero no habían realizado operativos en las ciudades. Con el ataque a Casa Verde las estructuras comienzan a hacer, efectivamente, las primeras acciones”.

Por su parte, la Fiscalía General de la Nación registra siete procesos por delitos de secuestro, secuestro extorsivo y homicidio, perpetrados por las FARC en la localidad de Usme entre 1991 y el 2003. La Institución aclara que los datos fueron tomados de las bases de datos SIJUF y SPOA, sistemas en los que no se hace obligatorio diligenciar la localidad en la que ocurren los hechos, razón por la cual pueden presentarse importantes problemas de subregistro.

Delitos atribuibles a las FARC-EP ocurridos en **USME**



04 Procesos por
HOMICIDIO
(Art. 103 C.P)

02 Procesos por
SECUESTRO EXTORSIVO
(Art. 169 C.P)



01 Procesos por
SECUESTRO SIMPLE
(Art. 168 C.P)

La voz de un exintegrante de las FARC



Julián Gallo Cubillos, conocido como Carlos Antonio Lozada, era el jefe del Bloque urbano de las FARC, Antonio Nariño. Actual Senador de la República de Colombia por el partido de las FARC.

Julián Gallo Cubillos, conocido como Carlos Antonio Lozada, era el jefe del Bloque urbano de las FARC, Antonio Nariño. Actual Senador de la República de Colombia por el partido de las FARC.

¿En qué momento usted se convierte en el líder del Bloque Antonio Nariño?

Bueno, a ver, yo ingresé (a las FARC) en el año 1978. Tenía 17 años. Estaba estudiando aquí en Bogotá quinto de bachillerato, nocturno. Ingresé y me enviaron al departamento del Cauca. Allí estuve por 3 años. Hasta el año 81 que me enviaron a hacer trabajo urbano.

¿Usted fue el representante del Bloque Antonio Nariño?, ¿el jefe superior?

Sí.

¿En qué momento se consolida este bloque?

Pues a nosotros nos enviaron, o sea, salimos a hacer el trabajo urbano en el año 81. Pues solamente me correspondió organizar la red urbana aquí en Bogotá. Y estuve en el trabajo urbano 19 años hasta el año 2000. En el año 2000 fui llamado al Caguán, a integrarme a la mesa de diálogos. Y después de eso estuve haciendo parte ahí del Grupo Oriental hasta el 2014 que salí a la Habana a hacer parte de los diálogos. Eso es así como un resumen muy rápido.

¿Quién le da la orden de organizar el bloque urbano?

En esa época el Secretariado: Marulanda, Jacobo, Alfonso; eran los encargados.

¿Y cuál era el objetivo de ese bloque?

El objetivo del trabajo urbano dentro del plan estratégico de las FARC era crear las condiciones para que, en medio, digamos, de una insurrección popular, si se llegaba a dar esa condición, existieran estructuras político-militares, aquí, al interior de la ciudad que pudieran entrar, digamos, a jugar un papel en esa insurrección. Eso ligado a una ofensiva de guerra de guerrillas sobre todas las áreas circundantes a la capital.

Nosotros tenemos entendido, por lo que dice la prensa de esa época, que un hecho determinante para que las FARC llegara a las ciudades fue la Operación Casa verde ¿Eso es verdad?

Digamos que hasta ese momento existían las estructuras urbanas, pero no habíamos operado en... no habíamos realizado operativos, digamos, en las ciudades. Con el ataque a Casa Verde las estructuras urbanas comienzan a hacer, efectivamente, las primeras acciones.

¿Y en qué lugares empiezan a ubicarse para dar vida a esas acciones en Bogotá?

No, nosotros vivíamos aquí en la ciudad normalmente. Teníamos una vida totalmente clandestina. No es que nos hayamos ido de la ciudad, sino que...

Es decir, no estaban ubicados en Sumapaz

No, no, no, no, no. Nosotros llevamos aparentemente una vida normal. Las estructuras urbanas estaban conformadas como por, digamos, una especie de tres niveles: los que éramos guerrilleros, propiamente, de tiempo completo, que teníamos una vida completamente clandestina; había milicias que era gente que se vinculaba a las estructuras armadas, pero ellos sí tenían otro tipo de actividades, eran estudiantes, obreros, trabajadores. Entonces, digamos, que ellos cumplían tareas también a veces militares, pero tenían también una vida legal; y otras estructuras que eran de apoyo y que cumplían tareas logísticas. Esas eran un poco las estructuras que se daban en la ciudad.

¿Qué acciones puntuales hacían?

Bueno, yo recuerdo, en ese momento se desarrollaban acciones contra la fuerza pública en los CAI, cosas de ese tiempo... y recuperaciones de armamentos.

¿Había un trabajo de ideología fuerte, de convencer a otros de que entraran a la organización?

Sí, pues claro. Por su puesto que parte, digamos, como la idea era que el trabajo urbano no tuviese, digamos, demasiado protagonismo a nivel militar, se desarrollaba un trabajo intenso en los barrios, en las universidades, en las empresas; de organización, de trabajo clandestino, de milicias.

Hay un hecho que marca a la población. En 1991, el 26 de noviembre, asesinan a César Naranjo, un líder social de Usme. No sé si usted recuerda los hechos. Digamos que históricamente se reconoce como un hecho puntual de entrada de las FARC en Bogotá, particularmente en Usme.

Yo no recuerdo, no recuerdo ese caso, ni ese nombre. Digamos que, nosotros lo que logramos es una influencia en algunas localidades de Bogotá: en Ciudad Bolívar, en Usme, en San Cristóbal... algo en Bosa. Entonces, a partir del trabajo que se hacía con esas estructuras de partido clandestino logramos ganar algunos dirigentes comunales, barriales. Es como esa...

Luego del asesinato de este líder social, el mismo día, se produce una masacre en la que ustedes matan a una comisión de 8 personas del Cuerpo Técnico de investigación que iban justamente al levantamiento del cuerpo del líder. Mucha gente dice que el asesinato de César fue un señuelo, pero también se dice que fue un accidente. ¿Tenían planificado asesinar al Cuerpo Técnico de Investigación?

Sí, sí, sí, Lo que pasa es que esa no fue una acción de una estructura urbana, ya me ubico. Eso fue una acción de un frente rural. Digamos, en ese momento las estructuras urbanas estábamos acá, en la ciudad, como lo indica el nombre. Pero alrededor de Bogotá operaban, digamos, distintas unidades del Bloque Oriental, y esa emboscada la hace una estructura rural del Bloque Oriental que operaba aquí en Sumapaz. Yo no recuerdo si en ese momento era el Frente Abelardo Romero o... bueno, no recuerdo exactamente qué frente era, pero sí, claro. Yo recuerdo esa emboscada.

¿Esta masacre en realidad estaba planeada para hacer sentir la guerra en la ciudad?

No, pues, digamos que los frentes estaban operando alrededor de Bogotá y en la medida que se aproximaban pues seguramente, digamos, la confrontación comienza a sentirse más próxima a la ciudad. Era normal. Sí, había unidades nuestras operando en el terreno, y la fuerza pública u otro tipo de presencia del Estado se daba, pues necesariamente se iba a producir, digamos, algún nivel de confrontación.

Hablando un poco de lo que fueron las vacunas y los secuestros, ¿a quiénes iban dirigidas, es decir, a quiénes se le pedía la vacuna o, digamos, se tomaba la decisión de secuestrar? ¿A la población civil de Usme, a empresarios?

No, no. Yo no pienso que sobre Usme se hicieran secuestros, porque, es decir, Usme es una localidad muy... muy pobre, digo yo. De hecho, buena parte de la localidad de Usme está conformada, por lo menos en esa época y seguramente todavía se mantiene, de gente que era base social nuestra porque tenían propiedades en el Sumapaz, digamos. Buena parte de la población de Usme tiene a su vez finca en el Sumapaz. En el caso del trabajo urbano, las estructuras no tenían tareas financieras. Digamos, así como el principio se dijo “no operen militarmente”, financieramente tampoco se tenía proyectado, digamos.

Si uno analiza toda la historia de las retenciones financieras y económicas que se le atribuyen a las FARC, no aparecen, digamos, hechos, incluso reportados por las autoridades que dijeran: “miren, estas estructuras de las FARC hicieron esos secuestros en la ciudad”. Digamos, desde el campo las FARC nunca desarrolló esa capacidad. De pronto hay tres, cuatro casos, no sé, a nivel nacional. Pero el resto lo que se dio fueron como dos fenómenos: uno, que la delincuencia común, incluidas bandas armadas por policías o expolicías, secuestraron a nombre nuestro; y otras que en ocasiones hicieron secuestro y existía, digamos, un acuerdo con las FARC, con las guerrillas que les entregaban los secuestrados a la guerrilla para que la guerrilla los negociara. Eso fue un poco la situación.

Es decir, ¿Desde el Bloque Antonio Nariño nunca se dio la orden de secuestrar?

No, porque nosotros somos una estructura que tiene unas tareas muy específicas, que era de orden político-militar.

**¿Cuántos hombres, más o menos, estuvieron en esa estructura?
¿Cuántos estuvieron bajo su mando?**

A ver, les voy a decir con toda sinceridad, pues, que la entrevista está tomando una... mejor dicho, nosotros no queremos en esta etapa dar datos tan precisos por una razón muy sencilla: nosotros estamos compareciendo ante la Jurisdicción Especial para la Paz y ahí hay información que nosotros no, no...

Sí, sí, sí, qué importancia tiene si éramos 200 o 80 o 50... pues de pronto yo sé que sí tiene importancia histórica, si claro, pero, pero, pero, pero, no, no...

Es muy importante ese dato. Pero nosotros entendemos su parte, claro, ustedes están con todo el tema de la JEP...

Por eso les estoy diciendo. Yo no, no, no. No me voy a poner a decir detalles precisos de cosas que no, no, no...

¿Había muchos estudiantes? Fue una época también de mucho activismo estudiantil.

Pues porque es como... la juventud es como el momento, ¿cierto?, en que finalmente hay la disposición de hacer parte, digamos, de una experiencia de lucha armada. Y, pues, también en las universidades, sobre todo en las universidades públicas, hay como esas condiciones, ¿cierto?, por toda la conciencia social que se va adquiriendo en la universidad, que se facilita, digamos, hacer ese trabajo. Pero también en los barrios. Nosotros llegamos a tener una presencia importante en los barrios, a través de la milicia. Claro.

Y en los barrios de Usme particularmente...

en Usme y Ciudad Bolívar, claro, claro, claro.

La prensa de la época dice que un poco la iniciativa de tener estas estructuras urbanas era porque desde las FARC, el Secretariado había dicho que había que hacer sentir la guerra en las ciudades, y a los que estaban, aquí sentados en estos escenarios políticos.

No, no, no

¿Es un mito?

Sí, sí, digamos que la presencia nuestra obedecía, era un plan nacional militar. Las FARC era un ejército y obviamente todo ejército se construye necesariamente para la guerra, es decir, usted no construye un ejército para la paz,

usted construye un ejército para la guerra. Y dentro del plan de guerra, pues, usted debe tener, cierto, un norte, por llamarlo así. Entonces, era apenas lógico que si nosotros estábamos organizando un ejército para la toma del poder y el centro del poder político, administrativo, está en las ciudades, pues hacia allá hay que dirigir, digamos, el esfuerzo.

Entonces, la idea de las FARC no fue nunca tomarse las ciudades con unidades que llegaran desde fuera, ¿cierto?

Nosotros nunca tuvimos una concepción de que el triunfo revolucionario iba a ser el producto de un grupo de valientes, pues, que llegaban a asaltar las ciudades. La idea nuestra es mucho más compleja, profunda, de la comprensión del proceso revolucionario como parte de un proceso social. Donde la guerrilla, ¿cierto?, por las condiciones históricas concretas que se dan en Colombia, juega un papel determinado, pero en la medida en que eso logre encajar ¿cierto? con un alzamiento popular de la gente en las grandes ciudades.

Entonces, un poco, la idea era que esas estructuras urbanas eran como una especie de avanzada de esa guerrilla en las ciudades, que se iba a encargar de que si se daba esa situación revolucionaria, esa insurrección, contáramos con estructuras capacitadas militarmente para dar uno, dos, tres golpes, qué se yo; y ayudar a que ese levantamiento popular, acompañado de una ofensiva militar, no dirigida contra, propiamente, las ciudades, en términos de asaltar los batallones, sino rodear las ciudades; aislarlas.

En esta idea, un poco el dato que uno manejaba en esa época es que en Corabastos, que es la central principal de abastecimiento, ¿cierto?, existen reservas por decirle algo... doce días. Después de que no le entre durante doce días comida a una ciudad de ocho millones de habitantes, ¿qué puede suceder?

Entonces por eso la ubicación de las estructuras de las FARC era alrededor, buscando ubicarse alrededor de la ciudad para producir ese bloqueo, en medio de una situación, digamos, de alzamiento de la gente.

¿Cuál fue el momento más difícil que enfrentó en esos años, usted que tenía un rol de líder?

Yo creo que el año 96. El año 96 cuando nos mataron toda la dirección. Prácticamente de los que integramos la dirección quedé vivo yo. Primero capturaron cuatro **-Ah, Mondoñedo-** Sí claro, capturaron primero dos compañeros de la dirección, dos mandos medios, y unos meses después capturaron los otros y los asesinaron. Ese fue como, yo creo, la situación más crítica durante esos 19 años que yo estuve en el trabajo urbano, sí.

En la revisión de prensa que hizo el equipo, encontramos que mientras se daban los diálogos de paz en el Caguán ustedes estaban construyendo una vía que conectaba a Bogotá con el Caguán, ¿eso es verdad?

Sí, pues no tanto una vía en términos de una carretera. Bueno, sí se hizo unos tramos de carretera, nosotros, digamos, no solamente aquí sino en general donde llegábamos construimos, pues obviamente, vías. Un poco para solucionar problemas logísticos, pero también como de generar condiciones de desarrollo. Cuando estábamos en el Caguán, pues realmente desde ahí se construyó una serie de vías pensando más en beneficiar la gente, pero pues obviamente pensado también en términos de lo que era la estrategia nuestra.

Y aquí efectivamente, digamos... bueno uno se puede ir de aquí, bueno, de cualquier parte se puede ir para otra a pie. Pero nosotros teníamos un corredor, ¿cierto?, que nos permitía movernos prácticamente de Usme hasta el Guaviare, digamos... a pie.

¿Cuántas horas?

No... días, semanas. Claro, claro, claro. Semanas, semanas... Nosotros, por ejemplo, no sé si ustedes conocen Nazareth, eso es aquí cerquita (al Congreso de Colombia), es parte del Distrito especial. Y de ahí al Guaviare uno se podía gastar... claro, yendo pocos, digamos, la marcha guerrillera va en dependencia de la cantidad de gente que vayan. A más gente el ritmo es más lento. Pero una unidad pequeña de guerrillas, de Nazareth al Guaviare, límites del Guaviare, Caquetá y Meta, se ponían unos 20 días, digo yo. Sí.

La Operación Libertad, en 2003 ¿cómo afectó los planes de las FARC?

Digamos que la Operación Libertad fue el inicio de lo que después va a hacer el Plan Patriota, digamos que, va a ser una primera fase que diseñaron las Fuerzas Militares para hacer replegar todos los frentes y unidades que estábamos en Cundinamarca, para que una vez replegados, digamos, hacia el Meta, hacia el Llano, poder lanzar, digamos, la ofensiva de ellos sobre la retaguardia de las FARC.

Entonces, pues por supuesto, imagínese, yo en ese momento estaba en... ya había salido de la ciudad a raíz de lo de Mondoñedo. Bueno, yo duro, después de lo de Mondoñedo, hasta el 2000 aquí, tratando de reconstruir el trabajo. Y en el año 2000 me llaman a mí al Caguán. Termina el Caguán y me regreso hacia Cundinamarca, ya no a la ciudad, pero sí a seguir haciendo el trabajo desde aquí cerca, ¿cierto?, hacia Bogotá. Y, pues, conocimos, mejor dicho, nos tocó vivir lo que fue la operación Libertad 1 y 2, que nos obligó a replegarnos, efectivamente, todos, en medio de esa operación, nos tocó replegarnos a todas las unidades hacia el Meta, en el caso nuestro, claro.

¿Había algún territorio en Usme sobre el cual imperara la soberanía de las FARC, por ausencia del Estado?

No, no. eso nunca se llegó a dar en términos absolutos. Digamos, nosotros sí teníamos mucha influencia. De hecho, uno de los camaradas nuestros que fue asesinado en Mondoñedo, Arquímedes Moreno, era un dirigente comunal, digamos, de esa localidad. No recuerdo exactamente el nombre, pero sí era un nombre de ahí. Y mantuvimos, digamos, una incidencia.

Nosotros hacíamos patrullajes en algunos barrios como una forma de hacer propaganda armada y presencia territorial, y ejercer, digamos, cierto... control, pero decir uno que teníamos un control absoluto, no. No es real. Sí teníamos, obviamente, mucha incidencia, además por lo que les digo, hay una relación de origen porque buena parte de esos habitantes de Usme son campesinos o hijos de campesinos que vienen de la región del Sumapaz, donde las FARC siempre tuvieron una gran incidencia.

En términos de estrategia de guerra ¿el territorio de Usme es clave para hacer operativos que conduzcan a la toma de la capital?

Claro, pues es que Usme tiene conexión con la parte rural del Distrito. Y en este caso concreto no solamente la parte rural del distrito sino un territorio que es histórico en la lucha guerrillera en nuestro país es la región del Sumapaz, donde se dio toda la resistencia campesina de mediados del siglo pasado. En muy buena medida el Sumapaz tiene parte, no toda, pero sí parte de las raíces del surgimiento de FARC. Todo lo que fueron las guerrillas del Sumapaz en la época de Juan de la Cruz Varela, y eso es aquí no más (se refiere a la cercanía del Congreso de la República).

Digamos, sí usted coge de aquí llega a lo que llamamos nosotros la línea, la cresta de la cordillera, y usted de ahí se puede botar o para el Meta o se puede botar para el Tolima o se puede botar para el Huila. Entonces esa ubicación del área del Sumapaz es estratégica. Además, muy favorable en determinadas condiciones. Muy duro, pero muy favorable para la guerra de guerrillas porque si se nubla, la aviación queda anulada. Ahí es lo que hagan las tropas por tierra y en unas condiciones muy difíciles, muy complejas.

¿Considera que la población de Usme acogió al grupo armado?

Sí... pues digamos que nosotros logramos, claro, alguna influencia, incidencia en esos sectores. Uno no puede decir que fuera total, pero sí, digamos que nos movíamos con relativa seguridad en esas zonas.

¿Usted califica esos años exitosos para las FARC en el propósito que tenían en la ciudad?

La guerra de guerrillas en la ciudad es una situación muy difícil, muy compleja porque todo se hace en desventaja. No en las condiciones de la guerra de guerrillas en el campo, donde usted de pronto puede agrupar cantidad de unidades y tiene condiciones para moverse con relativa tranquilidad, seguridad. En la ciudad es muy difícil, muy complicado porque, primero, existen todos los mecanismos de las Fuerzas Armadas, de los cuerpos de inteligencia y eso hace, digamos, muy vulnerable cualquier estructura clandestina que usted pueda armar. Pero, pues, uno dice que logramos en determinado momento, de acuerdo con los planes, cumplir, digamos, como determinados objetivos que se tenían.



**Masacres que no se
pueden olvidar**



Asesinato de César Naranjo y masacre al equipo judicial

El 26 de noviembre de 1991, en horas de la mañana, un bloque armado de las FARC asesinó a César Naranjo, líder social de La Unión, una vereda de la localidad de Usme. Pasado el mediodía, el Cuerpo Técnico de Policía Judicial del Juzgado 75 de Bogotá, partió para el lugar del crimen, con el objetivo de hacer el levantamiento del cuerpo de Naranjo. Pero cuando el equipo judicial estaba a pocos metros de la casa del líder social, fue masacrado por esta misma guerrilla.

Nora Navarrete es la única sobreviviente de la masacre al Cuerpo Técnico de Policía Judicial del Juzgado 75 de Bogotá. Al momento de la entrevista tenía 70 años, y la indignación de no ser reconocida como víctima ante el Registro Único de Víctimas (RUV). Lo comprueba enseñando al equipo de periodistas la resolución número 2017-126812 del 10 de octubre de 2017, firmada por Gladys Celey de Prada, entonces directora técnica de registro y gestión de la información de la Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas.

En el documento se lee: “No es viable jurídicamente incluir a la señora Nora Navarrete Riveros en el Registro Único de Víctimas. Lo anterior por cuanto su solicitud se enmarca dentro de las causales establecidas para denegar la inscripción en el Registro Único de Víctimas: Causas diferentes: no será consideradas víctimas quienes hayan sufrido afectaciones por hechos diferentes a aquellos directamente relacionados con el conflicto armado interno”. Al momento del cierre de este libro, Nora no había emprendido ninguna acción legal refutando la decisión.

Por su parte, los familiares de los miembros del Cuerpo Técnico de Investigación que murieron aquel 26 de noviembre entregaron un documento para llevar el caso ante la Justicia Especial para la Paz (JEP) el 9 de diciembre de 2019, en busca de verdad, justicia y reparación.

Carlos Antonio Lozada, en la intervención que hizo en el evento en la JEP, reconoció que la masacre al Cuerpo Técnico Judicial fue un error militar: “Personalmente puedo decirles que pude escuchar de la voz de Jorge Briceño, comandante del Bloque Oriental, de esa época, que esas muertes obedecieron a un error. El objetivo militar que se tenía era producir una emboscada contra la Policía Nacional. Pero, desafortunadamente, por la forma en que se dirigía el dispositivo a esa región pues terminó cayendo en la emboscada el vehículo en donde se desplazaban los funcionarios del poder judicial”.

La voz de una sobreviviente

Nora Navarrete, única sobreviviente de la masacre a un equipo judicial técnico.



Nora María Navarrete Riveros tenía 70 años al momento de la entrevista en 2019. Trabaja como directora administrativa de un colegio desde el 2002.

¿Cómo era la vida suya y de sus compañeros antes de la masacre a la que usted sobrevivió?

Más que un equipo de trabajo éramos una familia. Realmente el Juzgado 75 de Instrucción Criminal y todos sus colaboradores, trabajábamos con mucho entusiasmo, a pesar de lo difícil y del tipo de trabajo que teníamos que era los levantamientos de cadáveres, y por los horarios de trabajo siempre perdía uno muchísimos eventos familiares. Pero todo esto con la unión en el equipo de trabajo se convirtió en un estímulo para seguir adelante y hacer la labor con entusiasmo.

Hubo muchas anécdotas y situaciones que se compartieron, con el tiempo, se han convertido en unos episodios dolorosos que no se borran a pesar de que pasa tanto tiempo.

Éramos realmente muy unidos, nos apoyábamos en todo, y en ese día a día se crearon lazos de solidaridad, de amistad, que fueron más allá del momento en que los perdí a todos.

Nos podría narrar lo que sucedió ese día, con los detalles que usted considere pertinentes.

El día 26 de noviembre del año 91, más o menos a la 1:30 de la tarde, nos asignaron un turno que no correspondía a nuestro juzgado, pero por daños en un carro no pudo hacerlo el juzgado al que le tocaba, y nos lo asignaron a nosotros. Era el levantamiento de un líder comunal de una vereda de Usme llamado César Naranjo, era en la vereda La Unión, creo.

Salimos como a las dos de la tarde y llegamos al casco urbano de Usme como a las tres. Nos dirigimos al lugar de los hechos en caravana, en compañía de un carro de criminalística (Instituto Nacional de Criminalística), que es el que recoge los cadáveres, iban con unos investigadores y un carro de la policía.

Unos kilómetros más adelante el carro de los investigadores nos cogió muchísima ventaja y el de la policía no lo volvimos a ver tampoco, se quedó muy atrás. Tuvimos gran preocupación porque los radio teléfonos tampoco servían para ver por qué estábamos solos, y en un momento hubo una explosión, levantó la camioneta donde viajábamos nosotros y cuando la camioneta volvió a bajar empezaron los disparos que caían por encima, por los lados, por atrás, sin modo de saber qué era lo que estaba pasando.

Fue un silencio total, nadie preguntó, nadie dijo nada, y no sé, yo tal vez en algún momento perdí el conocimiento, no recuerdo bien qué pasó, pero cuando yo me di cuenta estaba la policía haciendo el rescate. Los únicos que estábamos de sobrevivientes en ese momento: Jaime Puerto, el médico, y yo. Nos sacaron, nos pusieron en una camioneta y nos llevaron hacia el Hospital de Usme.

Los que íbamos entre la camioneta éramos ocho personas, éramos todos funcionarios: Héctor Romero que era el conductor, Luis Miguel Garavito, Hernando Trujillo, Jaime Puerto, Amanda Vargas, Alfonso García, Héctor Ojeda y yo.

Seguido de la explosión comenzó el tiroteo y ahí fue donde no sabe uno si está igual de herido o no está herido o qué pasa, afortunadamente yo no tuve heridas de gravedad. Se me quemó la cara, las manos, tuve lesiones, pero realmente menores.

La policía nos llevó al Hospital de Usme. Jaime murió en el camino. Cuando llegamos ahí a mí me revisaron y me remitieron a la Clínica de la Caja Nacional de Previsión en Bogotá, ahí estuve tres días. Mis hijos me tuvieron que retirar de la clínica, porque en el momento en que yo llegué, empezó a llegar gente diciendo que eran familiares míos y a querer entrar por un lado y por otro, y no eras mis familiares. Entonces fueron tres días en los que además de verme como estaba, fueron de mucha angustia porque no se sabía quiénes eran, a qué iban o por qué iban diciendo que eran familiares míos.

Mis hijos me sacaron de la Caja de Previsión Nacional y me llevaron a un lugar más seguro, que en últimas ningún lugar resultó seguro porque no sé cómo o por qué me seguían hostigando con llamadas. Yo no podía salir ni a la calle, pues yo era una empleada del juzgado, no sé qué tendría que ver yo con lo que ellos estaban haciendo, las personas que atentaron contra nosotros.

Después de esto fueron unos días muy difíciles. Cambié de domicilio varias veces, de número de teléfono cada rato, pero seguían las amenazas, y nos es fácil reponerse de una cosa tan dolorosa donde sus compañeros, la gente que compartía trabajo, situaciones difíciles, no digo que todas eran difíciles pero sí hubo muchas situaciones difíciles, donde nos tocaba ir a hacer levantamientos a sitios donde a veces nos atacaron, pero los mismos lazos que teníamos de amistad, como familia, de trabajo, nos ayudaba a salir adelante y a no decir “bueno, no vuelvo a trabajar”.

Emocionalmente no es fácil reponerse de estas vivencias, siendo un evento tan funesto y doloroso como el que les acabo de narrar. De todas maneras,

yo salí de allá porque no encontré ninguna ayuda, en la Caja Nacional me dieron una licencia de un mes y el dictamen de cambio de ubicación para poder seguir trabajando, lo cual nunca sucedió, entonces me mandaron al mismo juzgado y yo no me sentía capaz de seguir ahí. Me tocó renunciar y me llamaron del Ministerio de Justicia, el 15 de marzo del 92, y ya en otro campo desarrollando otras labores diferentes.

Trabajé en el Ministerio de Justicia hasta el 15 de diciembre del mismo año, porque me llamaron de la Fiscalía, que volviera, y yo dije si ya no es en lo mismo puedo volver, efectivamente, volví el 8 de diciembre, volví a la dirección general, donde trabajé en diferentes grupos, hasta en armamento me tuvieron. Trabajé hasta el 2002 que renuncié, porque la carga de amenazas nunca cesó, entonces retirarme para hacer algo que fuera menos peligroso, y donde también le diera tranquilidad a mis hijos y a mi familia que cada vez que yo salía a trabajar estaban muertos del susto y de angustia.

¿Nos puede ampliar el asunto de las amenazas?

De llamadas, de persecución. Mi hija trabajó ocho meses en la Fiscalía, entonces la perseguían, no podíamos estar tranquilas, las amenazas venían de hombres y mujeres, y aparecían personas que no sabía uno ni qué eran ni por qué, ni nada.

Desde un principio, era que no fuera a hablar, es decir, como prohibiendo el relato de lo que había pasado y que si yo hablaba podían tomar represalias con mi hija.

Por ejemplo, en la clínica tuve una persona del DAS que me estuvo escoltado y tal vez gracias a eso no lograron llegar hasta donde yo estaba.

¿Recuerda cómo estaban ubicados en el carro en el cual se transportaban?

Sí claro, adelante iba el conductor, y al lado Luis Miguel Garavito, detrás del conductor iba Amanda Vargas, Jaime Puerto, Alfonso García y Hernando Tru-

jillo, al otro lado, detrás de Garavito, iba yo, luego iba Héctor Ojeda, que era el de la personería, falta uno creo, más o menos así íbamos en esa ubicación.

Cuando se levantó la camioneta con la explosión, toda la masa encefálica de Héctor Ojeda me cayó encima, yo pienso que esa fue una de las cosas que me salvó. Después de que paró el tiroteo bajaron a rematar a Luis Miguel Garavito, yo creo que me vieron así, porque yo en ningún momento, como dice la prensa y como dicen muchos, me metí debajo de los muertos; créanme que es muy difícil poder uno en un momento de angustia y de no saber qué está pasando y si esta uno igual o peor que los demás, levantar un muerto, y quién lo levanta, yo creo que yo un muerto no tengo la fuerza suficiente para levantarlo.

Esa explosión fue una mina, una pipeta ¿se sabe qué fue esa explosión?

Yo nunca he sabido, creo que fue dinamita, el hueco que quedó debajo de la camioneta fue enorme, calculando yo, porque no sé, la camioneta quedó como un colador, tenía como 300 huecos de un tamaño grandísimo, y la balacera fue con alguna cosa automática, tampoco sé con qué, pero eran unos perdigones grandes y caían como una granizada.

Teniendo en cuenta que Usme era una zona roja ¿qué protocolos de seguridad siguieron?

Precisamente a la llegada a Usme paramos a pedir ayuda policial y nos llevamos la policía, que más adelante no apareció, no sabemos cómo desapareció, y la preocupación de nosotros porque sabíamos que era zona roja, ya habíamos ido muchísimas veces allá y no había pasado nada, pero uno siempre sabe que eran zonas prohibidas, y esa era la preocupación, que no servían los radioteléfonos y empieza uno a preguntarse ¿Qué pasó?, pero no sirven los radioteléfonos, entonces empezó como la inquietud, y los unos iban por ahí adelante y nosotros los veíamos chiquiticos como en una loma, y la policía nunca iba detrás de nosotros. Yo creo que ese fue el momento que aprovecharon para activar la carga, porque yo creo que esa carga fue activada desde la lomita.

¿Ustedes iniciaron un proceso de investigación para saber por qué había sucedido la masacre, y si lo que sucedió estaba destinado a ustedes?

Realmente a mí, en los 28 años, jamás me han reconocido como víctima en ninguna parte, pues hasta ese punto yo no tengo acceso de llegar y preguntar qué ha pasado con este expediente o con el otro, porque si no me reconocen como víctima.

Sabemos que se efectuó una condena al Estado por la masacre de Usme ¿tiene usted conocimiento de esto?

Yo creo que esto está más o menos olvidado. Sé de un proceso que hay en la Fiscalía 22, a mí me habían dicho que lo iban a enviar para la JEP, pero realmente como yo les digo, yo estoy poco enterada de todo esto porque como no estoy reconocida en ningún lado. En el proceso de la Fiscalía 22 sí, porque allá me llamaron para que hiciera la declaración; las otras partes que están más enterada son Cristina Gutiérrez, la esposa del conductor; Beatriz Ojeda, la mamá de Carlos, ellos sí fueron reconocidos como damnificados, creo que condenaron fue a la policía.

¿Cómo ha sido su vida después de los hechos, como una única sobreviviente?

Realmente después de los hechos para mí ha sido una cantidad de complicaciones, de miedos, con decirles que yo no me monto a un bus porque me da miedo; no conozco Transmilenio, porque todo eso me genera miedo.

Entonces son traumas que le quedan a uno, y que con tantos años no se pueden superar.

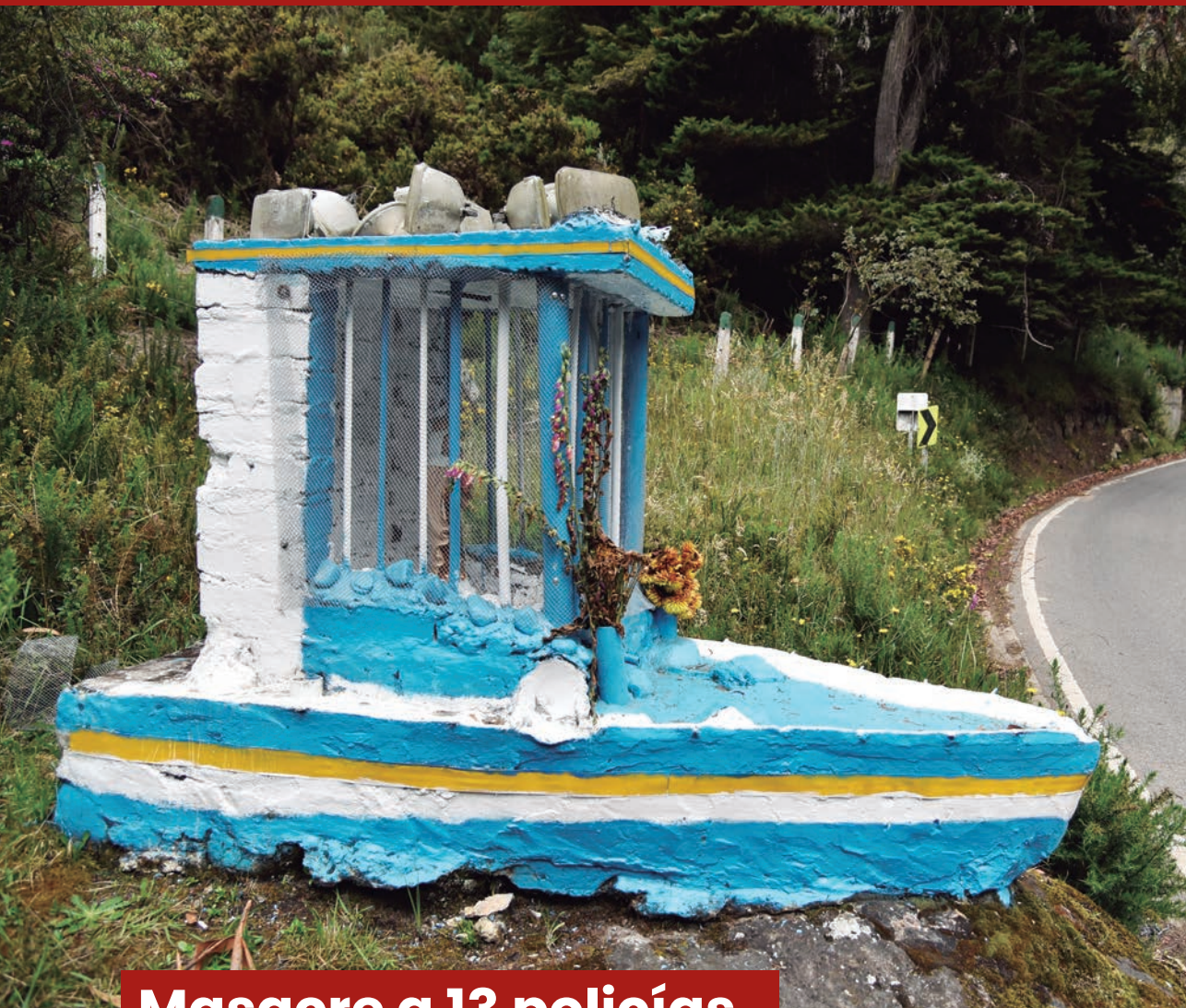
¿Cree que esta masacre se olvidó?

En Usme muy raras personas saben de esa masacre, no la conocen y habla uno de la masacre de Usme, puntualmente la de nosotros, la gente dice: pero cuál, dónde. Y lo mismo la justicia, yo creo que no tienen ni idea. Se nombran

otras masacres, pero esta no, y pues si sería como dignificante para las familias por lo menos que les pidieran una disculpa, para saber exactamente por qué lo hicieron, pero esto es una cosa que queda en el olvido, pasa, se muere la gente, y gente que deja niños pequeños.

La última niña de un funcionario no había nacido, no conoció a su papá; todo lo que han tenido que pasar esas familias para levantar sus hijos.

En cuanto al perdón yo no quisiera sentarme en JEP con un poco de guerrilleros que le hacen daño al país, y ahora están mejor que todos, todos esos delitos atroces que han cometido y ve uno que no hay consecuencias. Entonces yo creo que tal vez pues rencor no, de pronto el mismo susto de sentarme junto a uno de ellos, que puede ser que persiste mi miedo.



**Masacre a 13 policías
oscurece el agosto de 1993**



El 28 de agosto de 1993, en inmediaciones de la vereda las Mercedes, en zona rural de Usme, 13 policías fueron asesinados por un bloque de las FARC, mientras escoltaban a Mauricio Cárdenas, entonces gerente de la Empresa de Energía de Bogotá.

Según el diario El Tiempo, en la edición publicada el domingo 29 de agosto de 1993, justamente un mes antes de los hechos, el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) había revelado “la existencia de un plan terrorista que la Coordinadora Guerrillera pretendía realizar entre agosto y septiembre de 1993. El plan criminal, llamado por la Coordinadora Guerrillera (CG) Septiembre Negro, contempla ataques terroristas indiscriminados contra miembros de las Fuerzas Públicas (...)”.

El rumor de una gran ofensiva militar por parte de la Coordinadora Guerrillera, en el mes de septiembre, cobró fuerza con los hechos que acontecieron en los días siguientes a la masacre de los policías. Seis días después, el 3 de septiembre, 17 militares fueron asesinados por las FARC en Santa Rosa de Osos, municipio de Antioquia, ubicado a 80 kilómetros de Medellín.

Sobre estas dos masacres y otras acciones del grupo armado contra miembros del Estado, el analista del conflicto armado Eduardo Pizarro expone: “lo que me mencionan es un hecho de la guerra, pero no hace parte de las acciones que tuvieron mayor valor estratégico en la idea de la toma de Bogotá”.

La siguiente entrevista revela la angustia de un hermano de las víctimas

Enterrar a un hermano



Víctor Páez, hermano de Guillermo Páez, asesinado en la masacre a los 13 policías.

Víctor Manuel Páez Guerra tiene 69 años. De ellos dedicó 35 años a la Policía Nacional, donde alcanzó el grado de mayor general. En enero del 2004 se retiró con la satisfacción de haber sido comandante nacional de la Policía Portuaria, director fundador de la Policía Fiscal Aduanera, director nacional del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario, e inspector general de la Policía Nacional. Pero esa institución que lo llevó a la gloria profesional también le ocasionó una de las pérdidas más dolorosas de su vida: su hermano.

¿Cómo estaba conformada la familia Páez?

Estaba integrada por 12 hermanos: 9 hombres y 3 mujeres. De los 9 hombres, 3 entramos a la Institución, a la Policía Nacional. Fui el primero que entré y luego entraron los dos últimos. Guillermo era el último. Guillermo Páez Guerra.

Uno llegó al grado de coronel, Ricardo. Y Guillermo que desafortunadamente le truncaron miserablemente su carrera en el grado de Capitán. Guillermo era el menor de los 12 hermanos. Era una persona muy especial. Era muy afectuoso con su familia y pues más siendo el último de los hermanos, pues todos teníamos que ver con él. Era una persona seria, muy amable, muy sencilla, respetuoso.

Pues como policía igual. Muy responsable, honesto, con unas ganas de superación extraordinarias. Cuando lo asesinaron cursaba cuarto año de derecho, además de ostentar su grado de Capitán y se sentía muy orgulloso de su familia y de pertenecer a la Policía Nacional.

Él era casado. Hacía 3 años se había casado. Él se casó, pues, joven, pero la señora mucho más joven.

¿Cómo recuerda ese sábado 28 de agosto de 1993?

Como les digo, él era muy responsable. A él le encomendaron ese servicio la noche anterior, porque el servicio de escolta a este señor Mauricio Cárdenas Santa María, que era lo que iban a cumplir, pues lo pidieron en la noche, o sea el 27 de agosto de 1993. Eso lo tramitaron tipo 8, 9 o 10 de la noche, para que él al otro día estuviera ahí temprano.

Inicialmente, él ni si quiera sabía que iban a escoltar un personaje, pero ni siquiera sabían de quién se trataba hasta que llegaron a Usme, pues porque pidieron un servicio, digamos un primer anillo de seguridad que son los agentes de la Sijin para ese caso. Los mandaron en dos vehículos, en dos camperos. Y un segundo anillo que era el del cuerpo especial armado, era de policía uniformada que fue donde estaba al mando Guillermo. Iba un oficial, un suboficial y 11 agentes. Iban 14.

Solo se salvó uno. Iban un oficial, un suboficial, 12 agentes, y murieron todos menos un agente que pues estuvo de buenas. Al caer se sintió herido. Él rodó por una cañada, cayendo a un charco, un zanjón lleno de barro y ahí permaneció por un rato, pues mientras pasaba, porque esto fue una operación rápida.

En una curva con bastante desnivel hacia los lados. A un lado alto barranco y al otro bajo un río, un caño, colocaron explosivos, es la forma normal de estos bandidos. Conseguir una carga explosiva con bastante metralla y al pasar el camión, estos camioncitos no tienen ninguna defensa, la carrocería es de madera, no tienen ningún tipo de blindaje, esa metralla hizo su acción en todos los hombres de la policía que iban en este vehículo. O sea, quedaron heridos. Además, tras la explosión las personas quedan aturcidas unos segundos que fueron aprovechados por los bandidos que los superaban en número y los remataron. Fueron rematados.

¿Cuántos guerrilleros eran y en qué lugar específico sucedió la masacre?

El atentado fue de regreso. La guerrilla en específico son del frente 51 de las FARC, frente Juan de la Cruz Varela, que estaba en esa zona. Además, apoyados por el ELN porque trabajaban conjuntamente. Más tratándose de una operación así de cierta envergadura, cierta importancia.

Pues los vieron pasar hacia allá, al sitio que era una escuela, cierto, por ahí de la represa de La Regadera y pues tuvieron tiempo de montar el operativo, montar la acción. Además, el camión venía de último. Un camión que desafortunadamente no le alcanzaba la gasolina para regresar. Tuvieron que echarle gasolina. Salieron de últimos y con cierta distancia, o sea que fue aprovechado por estos delincuentes para hacer el atentado, la masacre. Y los que venían en la caravana, adelante, ni siquiera se dieron cuenta del hecho.

Quién avisó inicialmente fue el policía que quedó vivo. Él se esperó un rato en el sitio. Después les pidió ayuda a algunos dos o tres campesinos que llegaron para ver qué había pasado.

Uno de ellos le dijo que arriba, cerca de ahí, había una casa donde había un bus que lo podía llevar. Él subió hasta donde estaba ese bus y, pues, lo llevó hasta Usme, la población de Usme. Y ahí en la estación de policía habló, explicó qué había pasado. De ahí en adelante empezó la reacción.

¿Cómo estaban distribuidos los anillos de seguridad?

Siempre en este tipo de acompañamientos, en este tipo de servicio, pasa el primer anillo de seguridad, que en este caso era de Sijin, eran los carros de la Sijin, uno adelante y otro atrás donde iba Mauricio Cárdenas, y el camión con el personal uniformado de la Policía pues iba atrás.

¿Desde el inicio se le atribuyó el atentado a las FARC?

Desde un principio se le atribuyó el hecho a las FARC. Inclusive, el día dos ya había un capturado que fue José Arquímedes Obando Castro. Pues, dijo llamarse así. El nombre real de él es Juan Carlos Obando, alias Milton. Este tipo quedó herido. El único de los facinerosos de las FARC que quedó herido fue este. Lo llevaron inicialmente al hospital de Arbeláez. Allí no lo pudieron atender, tal vez por la herida que presentaba, entonces lo mandaron al hospital de Fusagasugá.

Quien llevó a este delincuente al hospital fue Aníbal Montañez Dimaté, alias Aníbal Oplinio, otro integrante de las FARC. Los dos estuvieron detenidos un tiempo, pero vea la desilusión de la justicia colombiana, los dos están libres hoy en día. Y Aníbal Montañez ese no duró sino tres o cuatro meses detenido y salió porque en el expediente aparece aparece un montón de certificaciones del consejo, del alcalde, de la Caja de Crédito Agraria que existía de los comerciantes y aparece una certificación firmada por todo el pueblo; él es de Pasto. Tiene 742 firmas hablando de la personalidad de Aníbal Montañez. así que salió libre. Eso lo que demuestra es el grado de organización que tenía la guerrilla allá en esos sitios, en esos pueblos.

El expediente fue archivado sin ninguna explicación. Era el expediente radicado con el número 50542 de la Fiscalía 18 Especializada Nacional de Terrorismo, no sé si eso exista todavía, pero esa era la Fiscalía que llevaba el caso. Y eso se archivó. Fíjese que en la caja 2098 con 12 cuadernos, archivado el expediente.

Hoy en día que esperábamos que con la anunciada paz pudiéramos obtener la verdad, ¡nunca!, ningún bandido de las FARC ha hablado de este caso ¿qué pasó? y es un caso grave donde 13 colombianos, 13 policías ofren-

daron su vida miserablemente masacrados por estos bandidos. Y no sabemos absolutamente nada, ¿cuál fue la verdad?, ¿quién comandaba eso?, ¿quién dirigía eso?.

¿Tenía conocimiento de que Usme era zona roja?

Desde luego que se tenía conocimiento que Usme, que toda esa zona, era donde operaba permanentemente estos bandidos y por eso, precisamente, recurrieron al servicio (de escoltas). Como le digo, el servicio fue solicitado la noche anterior e inclusive en una declaración, este señor que escoltaron, el señor Mauricio Cárdenas Santamaría, manifiesta que él no pidió escolta, pero los pidieron de la empresa donde él trabajaba. Hay oficios firmados pidiendo el escolta. Y la Policía Nacional en su obligación de prestar y velar por la vida de los colombianos sacrificó 13 vidas por garantizar la de Mauricio Cárdenas.

¿Había presencia de las Fuerzas Militares en ese momento en la zona?

Posiblemente sí, pero en la vía no.

¿Por qué Usme era tan estratégico para las FARC, se lo preguntamos por qué usted en esos años tenía cargos importantes en la Policía Nacional?

Es estratégico porque ellos de tiempo atrás ha estado allá, y además es su puerta de entrada. Además, ellos tienen, o tenían, el apoyo de la población allí. Era una población en la que era muy difícil conseguir información respecto de la guerrilla. O sea, era zona totalmente dominada por ellos.

¿Cuál era el interés de atacar específicamente a los policías?

Siempre que pasa una cosa de estas.... el cuerpo de poder, quien pone los muertos, es la policía o las Fuerzas Militares. Aquí no le hicieron ningún daño a la caravana como tal, porque sabían que iba gente de civil. Se enfocaron en el carro de la policía. Además, porque era más fácil porque pues ese es un camioncito, donde poniendo un artefacto explosivo, la hacen estallar, el

carro se desequilibra, se va contra el barranco y luego los remataron a tiros. Y la policía, desafortunadamente, no se puede negar a este tipo de servicios.

¿Hubo respuesta inmediata del Ejército?

Pue sí hubo respuesta inmediata, pero ya... los bandidos ya habían comedido eso. Mientras el policía que quedó vivo fue hasta Usme, avisó y luego regresaron la gente que está aquí en los apoyos, pues ya hubo mucho tiempo que aprovechan estos delincuentes para refugiarse. Inclusive en la misma zona. Es solamente guardar el fusil y ponerse un sombrero viejo y cotizas, y por ahí ya quedó como campesino de la zona. Cambió su perfil de guerrillero, delincuente, al de campesino normal.

¿Cuántas personas de las FARC hicieron parte de esa masacre?

Es muy difícil calcularlo. Por lo menos unos 50 hombres contra 14 que iban ahí, y, además, en el estado de indefensión que los colocaron con el estallido del artefacto explosivo, con la metralla que los hirió. No solo es el aturdimiento del estallido, sino las heridas que cada uno recibió.

En la revisión de prensa se dice que a los policías masacrados les robaron el armamento, ¿eso es verdad?

¡Claro! se robaron los 13 fusiles. El que se salvó, salvó su fusil. Nunca lo soltó. De resto los otros 13, fueron 13 fusiles robados, más la pistola del capitán. Mi hermano llevaba pistola y el suboficial tal vez llevaba revólver.

¿Cómo se enteró de la masacre y cómo fueron las horas posteriores a ella?

Ese día había una reunión en el Club Militar. Una conferencia, creo, esa tarde. Y a mí me dio la noticia varios señores generales que estaban ahí en el momento. Pues es una cosa muy dura, porque uno nunca lo espera, es más, no sabía que mi hermano estaba cumpliendo esa misión, así que fue una sorpresa grande.

Pues es duro, duro para mí. Duro por ser tal vez... quien lo motivó para entrar a la Institución. Duro por mi familia porque por ellos seguirme el ejemplo de haber entrado a la policía, pues se le truncó la vida muy joven.

¿Se sospechó inmediatamente en las FARC?

Yo tenía conocimiento que esa zona era de ellos. Posteriormente, cuando el proceso de paz, pues valía la cierta ilusión de que, bueno, primero que termine eso y que todos podamos vivir en paz y tranquilos. Todos cabemos en el país, independientemente de sus creencias o de su aspecto político. Y pues teníamos por lo menos la ilusión de saber cómo lo planearon, cómo lo organizaron, quiénes fueron exactamente. No, pues, simplemente, ya le digo, nos quedamos de que en el caso hubo dos capturas, que estuvieron unos meses en la cárcel y que salieron.

Eso es duro y más duro cuando ya llevábamos varios años de, supuestamente, proceso de paz y por lo menos este caso está en absoluto en la nebulosa.

¿Ustedes como familia fueron reconocidos como víctimas ante el Estado?

No. Pero nunca absolutamente para nada he sido llamado.

¿Esta masacre ha sido significativa para Colombia, para Bogotá? ¿Usted cree que esta masacre ha sido reconocida realmente?

Pues no, en el momento hubo mucho despliegue en la prensa, las fotos, la descripción ¿cierto? lo que allí pasó, pues el grado de maldad ¿cierto? de estos bandidos de las FARC al hacer todo eso, pero en el momento porque después eso se olvida.

Es que inclusive en la Institución, después de unos años cuando empezó el proceso y de la reconstrucción de la memoria histórica, la policía designó a un oficial. Él llevaba ya más de un año en el cargo de iniciar eso de la reconstrucción de la memoria histórica, y este caso ni siquiera lo conocía. Eso es cruel, duro.

La masacre que debilitó al Bloque Antonio Nariño

Carlos Antonio Lozada afirma que en los 19 años de trabajo militar que desarrolló en Bogotá, el periodo más difícil para su red fue 1996 “cuando nos mataron toda la dirección. Prácticamente de los que integrábamos la dirección quedé vivo yo. Capturaron primero dos compañeros de la dirección, dos mandos medios, y unos meses después capturaron los otros y los asesinaron”.

El hoy senador de la república entrega pocos detalles de esa parte de la historia, que se vincula con la masacre de Mondoñedo, en la que miembros de la Dijin de la Policía asesinaron a 6 personas señaladas de hacer parte del Bloque Antonio Nariño.

Los hombres fueron llevados a la hacienda Fute, ubicada en el Alto de Mondoñedo, en Mosquera (Cundinamarca), y allí fueron torturados y asesinados. Según el comunicado 98 de la JEP: “Sus cuerpos fueron incinerados y abandonados en el basurero de Mondoñedo, en la vía Mosquera-Soacha (Cundinamarca)”. Las víctimas fueron: Jenner Alfonso Mora Moncaleano y Vladimir Zambrano Pinzón, militantes de la Unión Patriótica; Juan Carlos Palacios Gómez, estudiante de la Universidad Distrital; y Arquímedes Moreno Moreno, edil de la localidad de Usme por la Unión Patriótica y dirigente comunal del barrio El Porvenir.

Al día siguiente, otros policías, en Bogotá, asesinaron en la localidad de Fontibón a los estudiantes Federico Quesada y Martín Alonso Valdivieso Barrera, de la Universidad Distrital. Ambos eran militantes del Partido Comunista Colombiano y de la Unión Patriótica.

Según un artículo del periódico El Espectador: “Quienes se hicieron cargo de las primeras investigaciones por la masacre de Mondoñedo fueron los propios familiares de los estudiantes de la Distrital. Alfonso Mora León, padre de Jénner Alfonso Mora, se puso a la cabeza de las indagaciones y luego tuvo que abandonar el país por amenazas. (...) La investigación empezó

a tomar un curso más sólido contra los informados cuando, en agosto de 2001, un policía de la Dijín confesó los hechos de la masacre ante la Fiscalía” (Redacción Judicial, 2020).

Los policías señalados de la masacre comparecieron frente a la JEP el 28 de noviembre de 2018. Según el comunicado 98 de la Institución: “A la audiencia, que duró cinco horas y media, asistieron ocho comparecientes de la Policía Nacional: Mayor(r) Héctor Castro, Capitán(r) Carlos Niño, Sargento viceprimero(r) Néstor Barrera, Cabo primero(r) Pablo Salazar, Cabo primero(r) Hernando Villalba, Subintendente(r) Milton Marino, Subintendente (r) Carlos Alfonso y el Agente(r) Filemón Fabara”.

La masacre de Mondoñedo



Los días **6 y 7 de septiembre de 1996** 10 miembros de la Dijin **secuestraron, torturaron y asesinaron** a 6 estudiantes señalados de ser parte del **Bloque Antonio Nariño**.



Los hechos iniciaron el 6 de septiembre con la **desaparición de 4 estudiantes** reunidos en la bolera **El Salitre, en Bogotá**.



Sus cuerpos fueron hallados, al siguiente día con **tiros de gracia, signos de tortura e incinerados** en El Alto de Mondoñedo, en **Mosquera, Cundinamarca**.



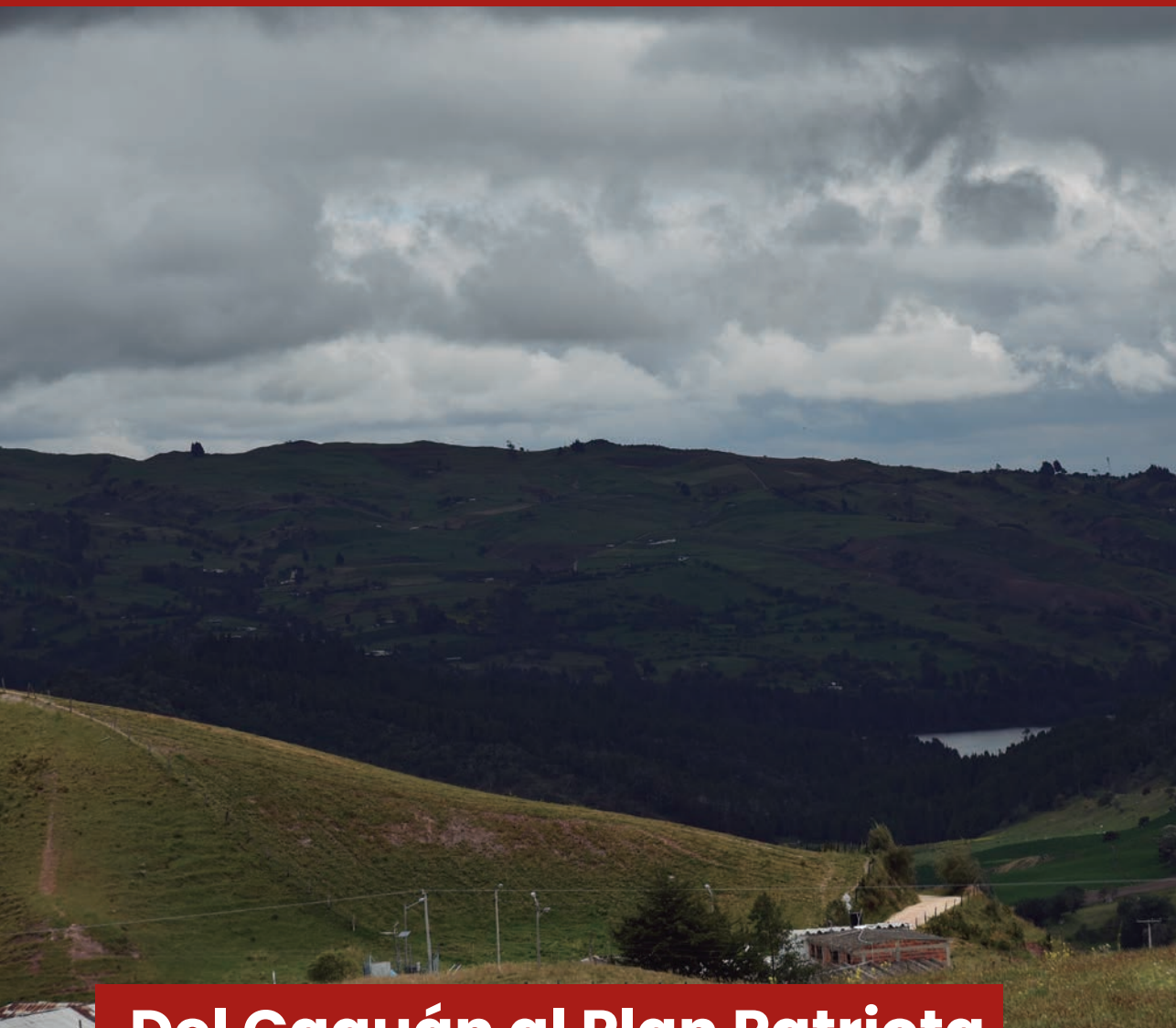
El 7 de septiembre, **dos estudiantes fueron asesinados** en las localidades de **Fontibón y Kennedy**, al occidente Bogotá.

8 de los 10 miembros de la Dijin condenados por los asesinatos, comparecieron frente a la JEP, tras **21 años de la masacre**

Tres de ellos fueron habian sido condenados por la justicia ordinaria a **40 años de cárcel...**

...mientras que los otros cinco fueron condenados a **38 años de cárcel**.





Del Caguán al Plan Patriota



Mientras el país seguía con atención el proceso de paz, instalado en enero de 1999, entre el Gobierno de Andrés Pastrana y las FARC, el grupo guerrillero construía una carretera con la que pretendían comunicar a Bogotá con el sur del país, justamente con la zona de distensión; es decir, con los 42.139 Kilómetros cuadrados que les había despejado el gobierno de presencia estatal, como parte de las negociaciones.

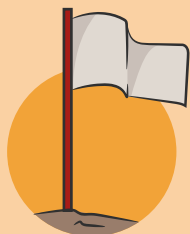
La vía iría desde el Caguán, por las inmediaciones del río Duda, hasta Usme y Sumapaz, localidades del sur de Bogotá. “Cuando estábamos en el Caguán, pues realmente desde ahí se construyó una serie de vías pensando más en beneficiar la gente. Pero pues obviamente pensado también en términos de lo que era la estrategia nuestra. Nosotros teníamos un corredor que nos permitía movernos prácticamente de Usme hasta el Guaviare a pie. Una unidad pequeña de guerrillas, de Nazareth —Sumapaz— al Guaviare, límites del Guaviare, Caquetá y Meta, se ponían unos 20 días”, relató Carlos Lozada.

Los diálogos del Caguán

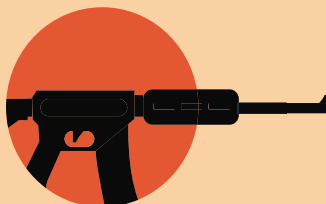


Entre **1998 y 2002** el gobierno de Andrés Pastrana entabló un proceso de paz con las Farc, conocido como **los diálogos del Caguán**.

En **octubre de 1998** el gobierno decide otorgar a las Farc un territorio de **42.139 km2** de los municipios de **Mesetas, Uribe, Macarena, Villahermosa y San Vicente del Caguán**.



Sin embargo, la zona de distensión **no le dió fin al conflicto armado**.



El territorio fue empleado para la plantación de **cultivos ilícitos, la retención de secuestrados y el entrenamiento militar**.

META



CAQUETÁ



El **20 de febrero de 2002** el gobierno de Pastrana rompe los diálogos de paz.

El 21 de septiembre del año 2000, el diario El Tiempo registró el operativo militar con el que se descubrió la obra. La misión estaba liderada por las tropas de la XIII Brigada, la Quinta División y la Fuerza de Despliegue Rápido del Ejército Nacional. En el artículo se lee que: “En las operaciones, el Ejército encontró una carretera cuya extensión supera los 100 kilómetros, construida por los subversivos de las FARC con maquinaria robada a los municipios”.

El experto en conflicto armado Eduardo Pizarro explica que las FARC exigen la zona de distensión para reentrenar a la tropa, aprender nuevas técnicas militares, reentrenar la oficialidad y la comandancia. “La idea de ellos era salir de la zona de distensión cuando esta fracasara, porque ellos preveían que iba a fracasar”.

“Yo les recomiendo mucho un libro de Fidel Castro que se llama La Paz en Colombia, en el que Fidel Castro, extrañamente a la tradición de la Revolución Cubana, publica las cartas que intercambia el delegado cubano, José Antonio Arbesú, en el Caguán, con Raúl Reyes y con Manuel Marulanda Vélez. Hay una carta muy impresionante donde Raúl Reyes o Marulanda le dice a Fidel Castro que: ‘Nosotros no estamos aquí para lograr un acuerdo de paz, nosotros estamos aquí para prepararnos para la toma de Bogotá, y de aquí salimos fortalecidos, militarmente’”. Es decir, las FARC hicieron unas negociaciones completamente ficticias”, indica Pizarro.

El fragmento del libro de Fidel Castro, al que Pizarro se refiere, expone literalmente que:

“En el plan Estratégico Militar trabajarán por continuar la guerra y los combates lejos de los municipios despejados e ir acercando los frentes guerrilleros a las grandes ciudades, activando el accionar de la propaganda armada en las ciudades, a la vez que preparan una fuerte ofensiva militar en el curso de estos meses para continuar golpeando a las fuerzas armadas e ir creando las condiciones para una ofensiva final. Eso explicaba la ausencia de otros miembros del Secretariado en la reunión con nosotros”. (Carta enviada por José Antonio Arbesú a Fidel Castro sobre conversación con Marulanda en el Caguán).

En efecto, tras las acciones violentas que seguían ejecutando las FARC, el 20 de febrero de 2002, el entonces presidente Pastrana anunció el rompimiento de los diálogos de paz, lo que contribuyó a la agudización del conflicto armado.

En ese escenario, el 7 de agosto de ese año, asume como presidente de la república Álvaro Uribe Vélez quien, bajo el proyecto político Seguridad Democrática, da vida al Plan Patriota, liderado desde el 1 de junio de 2003 por el General Javier Flórez. El plan militar buscó, en principio, eliminar la presencia de las FARC en Cundinamarca.

De acuerdo con las explicaciones de Pizarro, el Plan Patriota tuvo dos fases. La primera tenía por objetivo sacar a las FARC de Cundinamarca. “Fue muy exitoso, muy impactante porque en pocos meses las FARC habían desaparecido de Cundinamarca. Y luego, desaparecida la amenaza sobre Bogotá de los 18 frentes y unidades militares, y debilitado el Frente Antonio Nariño, Lozada (Carlos Antonio Lozada) tuvo que salir de Bogotá”. Con la segunda fase se propuso ocupar los Llanos del Yarí. “Se le metieron a la casa a las FARC, a su retaguardia estratégica”, concluye Pizarro.

Los medios de comunicación, entonces, resaltaban los logros de la estrategia militar en la recuperación de zonas urbanas. Así, el 2 de mayo de 2006 la revista *Semana* publicó un artículo en el que se reconocía que: “Durante la primera fase del Plan en el 2003 se logró controlar las vías de comunicación y las zonas urbanas. En esa etapa, las Fuerzas Armadas obtuvieron su mayor victoria en décadas al desarticular el frente de las FARC en Cundinamarca y capturar o matar a los principales jefes de los frentes cerca de Bogotá incluido Marco Aurelio Buendía”.

Sin embargo, ni los éxitos de la Seguridad Democrática, ni el proceso de paz firmado con las FARC, en noviembre de 2016 con el gobierno de Juan Manuel Santos, hizo que los habitantes de la localidad de Usme recuperaran la tranquilidad.

Los rastros de la guerra hoy

En la carretera que de Usme conduce hacia San Juan de Sumapaz, un poblador del lugar le advierte al equipo periodístico que debe tener cuidado con quién hablan, porque, según él, en los lugares hacia donde se dirige el grupo —Las Margaritas y veredas colindantes—, fue reconocida la presencia de informantes de las FARC. Por eso los habitantes de Usme aún miden sus palabras. Desconfían de los foráneos. “No se sabe cuál es el amigo y cuál es el enemigo. Por eso la gente mira y lo mejor es callar”, aseguró Dagoberto Bohórquez, campesino de Usme, cuando escuchó la anécdota.

No obstante, el actual alcalde de la localidad, Jorge Eliecer Peña Pinilla, manifiesta que no hay nada de qué preocuparse. “Usme tuvo una historia bastante complicada con el tema de presencia guerrillera, pero en este momento no existe presencia ni de disidencias ni de presencia de guerrillas en la localidad. Pero el riesgo siempre existe en Colombia porque existe la amenaza de estos grupos al margen de la ley, más ahorita con el rearme de algunas disidencias”.

Sin embargo, un habitante de la comunidad, quien pidió que su nombre no se publicara, relató que en septiembre de 2019 asesinaron a un desmovilizado de las FARC, y al funeral fue gente armada. En consecuencia, señala que la comunidad no quiere hablar, porque está a la expectativa de lo que pueda pasar, y porque aún teme y desconfía.

El miedo de los pobladores de Usme sobre pasa los años y se arraiga en el presente, alimentado de las noticias de un país que recicla guerras y guerreros década tras década. Los habitantes urbanos y campesinos de la localidad más grande de la capital de Colombia anhelan la paz, por una razón poderosa: ellos y ellas han visto de frente el rostro miserable de uno de los conflictos armados más antiguos del continente.

En memoria

En memoria de las víctimas de la masacre al Cuerpo Técnico de Policía Judicial del Juzgado 75 de Bogotá; una masacre que marca, según habitantes de Usme y expertos, el inicio de una época en la que el conflicto armado se empezó a sentir en la capital de Colombia.



Alfonso García Villarraga



Elkin Ruíz



Hector Ojeda



Luis Miguel Garavito



Hernando Trujillo



Jaime Puerto Agudelo



Luz Amanda Gómez



Héctor Manuel Romero



Nora Navarrete

Sobreviviente

Notas:

Al contactar a Rafael Pardo, Ministro de Defensa del gobierno de César Gaviria, aseguró que no recuerda lo relacionado con la presencia de las FARC en Usme.

No fue posible contactar con el General (r) Reinaldo Castellanos, comandante de la Operación Libertad 1; operación vinculada al Plan Patriota.

Tras contactar a Mauricio Cárdenas y confirmar el encuentro para una entrevista, nunca volvió a responder.

Referencias

Álvarez, S. (13 de mayo de 2019). Orión nunca más. Obtenido de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/:https://cerosetenta.uniandes.edu.co/operacion-orion-nunca-mas/>

Ávila Cortés, C., & Castrillón, G. (12 de Octubre de 2020). Red Urbana Antonio Nariño: el intento de la guerrilla de las Farc de tomarse Bogotá. *El Espectador*.

Behar, O. (2016). Pistas para narrar la memoria. En C. d. Redacción, *Pistas para narrar la memoria* (págs. 53-66). Bogotá.

Botero, S. (2017). El plebiscito y los desafíos políticos de consolidar la paz negociada en Colombia. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 37(2), 369-388.

Castellanos Díaz, J. (2012). *Dos miradas un silencio. Construcción de realidades mediáticas en las crisis del proceso de desmovilización paramilitar*. Bogotá: Editorial Politécnico Grancolombiano.

Castellanos Díaz, J. (2013). *Cuánto nos cuesta la guerra*. Bogotá: Editorial Politécnico Grancolombiano.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. (septiembre de 2009). Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para narra memoria histórica. Obtenido de [centrodememoriahistorica.gov.co](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co): <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/cajadeherramientas/presentacionbaja.pdf>

Fundación Ideas para la Paz. (9 de febrero de 2018). Disidencias de las FARC. Obtenido de <http://ideaspaz.org/>: <http://ideaspaz.org/especiales/infografias/disidencias.html>

Gardeazábal Rodríguez, J. C. (2005). Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)-un actor armado en busca de espacios de legitimación política (Bachelor's thesis, Bogotá-Uniandes).

Gardeazábal Rodríguez, J. C. (28 de septiembre de 2018). Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) - un actor armado en busca de espacios de legitimación política. Obtenido de <https://repositorio.uniandes.edu.co/>: <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/21873?show=full>

Grabe, V. (2010). M-19: de la lucha armada a la renuncia a la violencia. En F. M. Abad, IV Jornadas internacionales sobre terrorismo los finales del terrorismo: lecciones desde la perspectiva comparada (págs. 1-33).

Histórica, G. M. (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Centro de Memoria Histórica. Bogotá (Colombia).

Ludueñas, M. E. (2016). El periodismo que narra la memoria. En C. d. Redacción, VIII Encuentro de Periodismo de Investigación. Los retos del periodismo en el posconflicto (págs. 60-74). Bogotá: Consejo de Redacción.

Maya, M. (4 de mayo de 2010). La toma del Palacio de Justicia; una fractura en la historia nacional. Obtenido de <http://maureenmaya.blogspot.com/>: <http://maureenmaya.blogspot.com/2010/05/la-toma-del-palacio-de-justicia-una.html>

Medellín Becerra, C. (2015). La memoria en el Palacio de Justicia. En C. S. Justicia, Holocausto. Trigésimo aniversario del Holocausto del Palacio de Justicia 1985-2015 (pág. 59). Bogotá.

Morelo, G. (2016). Periodismo de exhumación. En C. d. Redacción, Pistas para narrar la memoria (págs. 93-131). Bogotá.

Olave, G. (2013). El proceso de paz en Colombia según el Estado y las FARC-Ep. *Discurso & sociedad*, 7(2), 338-363.

Pabón Ayala, N., & Ugarriza, J. (2017). Militares y guerrillas. La memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares 1958-2016. Bogotá: Universidad del Rosario.

Pécaut, D. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma.

Rangel Suárez, Alfredo. 1998. *Guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales Universidad de los Andes- TM Editores.

Redacción Judicial El Espectador. (7 de 10 de 2020). ¿Cómo fue la masacre de Mondoñedo, posible nueva pista en el crimen de Gómez Hurtado? *El Espectador* .

Ricœur, P. (2004). *La memoria, la historia el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económico.

Rodríguez, E. C. (2015). El éxito relativo de la política de paz en Colombia. *Revista San Gregorio*, 1(9), 34-41

Rojas, G. (2020). <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/>. Obtenido de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/lideres-asesinados-2020/>

Romero, M. (2003). *Paramilitares y autodefensas*. Bogotá: IEPRI-Planeta.

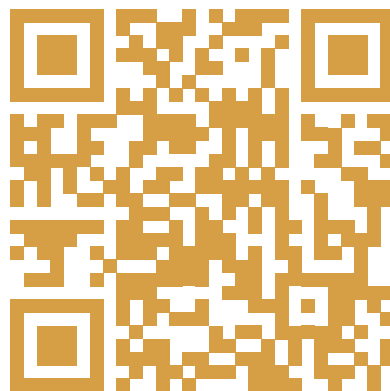
Unidad Nacional de Víctimas. (2020). Unidad Nacional de Víctimas. Obtenido de <https://www.unidadvictimas.gov.co/>: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>


Verdad Abierta. (8 de 20 de 2008). La expansión: el nacimiento de las Autodefensas Unidas de Colombia (1997-2002). Obtenido de verdadabierta.com: <https://verdadabierta.com/expansion-de-las-autodefensas-unidas-de-colombia/>

Verdad Abierta. (20 de Agosto de 2008). La expansión: el nacimiento de las Autodefensas Unidas de Colombia (1997-2002). Obtenido de VerdadAbierta.com: <https://verdadabierta.com/expansion-de-las-autodefensas-unidas-de-colombia/>

Verdad Abierta. (18 de noviembre de 2012). Las conferencias de la expansión. Obtenido de <https://verdadabierta.com/>: <https://verdadabierta.com/las-conferencias-de-la-expansion-1982-1993/>

**Ver multimedia Usme
los rastros de la guerra**





Durante la década del 90 y los primeros años del 2000, los habitantes de Usme, una localidad del sur de Bogotá, fueron testigos del trabajo político y de los actos bélicos orquestados por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

El trabajo de reportería da cuenta de una estrategia basada en propaganda, reclutamiento de jóvenes, masacres, asesinatos y secuestros, entre otras acciones que eran consecuencia de decisiones tomadas en la Séptima Conferencia de la organización guerrillera, en la que se habían propuesto desplegar nuevos frentes a zonas urbanas en busca de la toma del poder.

La **Unidad de Investigación Periodística** de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano reconstruye este capítulo del conflicto armado colombiano, y lo convierte en un aporte contundente a la construcción de la memoria que se hace en el país, a través de La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, institución que en septiembre de 2020 recibe esta investigación, con la convicción de la necesidad de reconocer que la capital de Colombia fue escenario de la guerra en los años más difíciles de la historia reciente del país.

